

Miscelánea

RECUERDO DE UNA LABOR PERIODÍSTICA

por

PRUDENCIO MORALES Y MARTINEZ DE ESCOBAR

SECRETARIO POR OPOSICIÓN

DEL

CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA

É INDIVIDUO CORRESPONDIENTE

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
BIBLIOTECA
FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS
LAS PALMAS

Tipografía del "Diario", Buenos Aires 36

1916

100 - 111 - 1

86-8 (46.852)

= 5525

Pol

Miscelánea

RECUERDO DE UNA LABOR PERIODÍSTICA

por

PRUDENCIO MORALES Y MARTINEZ DE ESCOBAR

SECRETARIO POR OPOSICION

DEL

CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA

É INDIVIDUO CORRESPONDIENTE

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA



Tipografía del "Diario", Buenos Aires 36

1916

6604611574

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA

B

V -46



DOS PALABRAS
Y
UNA DEDICATORIA



Sr. D. Sebastián Jaimez y Ramirez.

Mi querido amigo:

Algunos de los artículos de este volumen, escogidos de entre los muchos que publiqué durante mi labor al frente del diario La Provincia, darán á V. razón de esta dedicatoria.

Aparte nuestra amistad, título por sí solo suficiente, veo en V. á uno de los pocos canarios de la vieja cepa. La división de provincia, el venerando ideal histórico, fué y continua siendo su pasión. También es la mía, aunque no tan intensa, quizás porque soy más joven, y fio más al porvenir su advenimiento.

El artículo "Obra patriótica", que refiere la política de evolución de D. Fernando de León y Castillo, ale-

grará, mi amigo, su corazón de ferviente patriota, porque ha de suscitarle gratos recuerdos, los de aquel glorioso despertar de Gran Canaria en los días de la concesión y remate de las obras del puerto de La Luz; y los artículos "En el desfiladero" y "Entre sueños" le renovarán las crueles decepciones de los días de la última campaña, que pudo terminar para nosotros con un éxito completo si hubiesemos sido dignos y heroicos descendientes de los que supieron darnos la división de 1852.

Algo más, que le interese de veras, por recordar los días placenteros de la juventud, hallará en este libro, que publico solo por tener un recuerdo de mis trabajos constantes en La Provincia, fundada por Gustavo Navarro Nieto y por mí, en momentos de entusiasmo ante la lucha patriótica, y en la cual, dicho sea sin inmodestia, nos cupo parte honrosísima, aunque humilde.

De ese recuerdo quiero hacer partícipes á algunos amigos, y por ello, y por no merecer otra cosa el empeño, edito pocos ejemplares, que, á su benevolencia, como pobre obsequio, les encomiendo.

Queda de V. aftmo. s. s. s.

q. e. s. m.

Prudencio Morales.

Las Palmas, 15 de Octubre de 1916.





EL PILAR DE ZARAGOZA

LOS BESOS DE INNUMERABLES GENERACIONES

DESPUES de venerar la sagrada imagen en su suntuosa capilla, donde siempre arde la cera, y desde las primeras horas de la mañana hasta las vespertinas, en que se cierra el templo, no hay un minuto sin fieles en oración, pasamos á besar el pilar de mármol que sustenta á la excelsa patrona de Zaragoza y tiene sus cimientos en las mismas arenas del Ebro.

—Tienten ustedes—nos dijo un familiar de la magnífica basílica.

Y tentamos, á través de una ranura, el mármol del pilar.

Jamás he sentido la emoción que me produjo el contacto de aquella frialdad... Frialdad cálida, ardorosa, de fuego perenne y vivo.

Me dirijí á mis compañeros de viaje y les dije:— Ese desgaste de la piedra representa el beso de amor y adoración, no solo de España, desde los tiempos más remotos, sino de todo el orbe católico. Incontables creyentes, más, mucho más que los mártires que

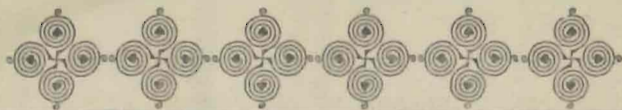
no pudieron contarse en esta ciudad española, han estado aquí donde estamos nosotros y han hecho lo que nosotros hacemos, besar este mármol en que está la imagen de la Reina de los Cielos, patrona del pueblo español, «la capitana de la tropa aragonesa».

La fé renace, triunfa, vivifica y fortalece el alma. Junto á aquel glorioso pilar muere todo excepticismo... ¡Ya lo creo! ¡Si ha visto pasar por su cimientto, con las ondas del Ebro caudaloso, la sucesión de los siglos, y él siempre está en pié y él siempre recibe los ósculos de piedad del pueblo cristiano!

Y no acabará mientras exista la tierra ibérica. Y de nuestros huesos no quedará el polvo, y allí, tras la capilla, donde á todas horas arde la cera y no transcurre minuto sin la oración de los fieles, se depositarán sin cesar, por los siglos de los siglos, los besos del sentimiento más puro y filial.

12 de Octubre de 1912.





GUSTAVO A. BECQUER

AL PIE DE SU MONUMENTO EN SEVILLA

«Allí, en unos campos de trigo, y junto á dos ó tres nogales aislados que comenzaban á cubrirse de hojas, está, lo que por su especial situación y la pobre cruz de palo enclavada sobre la puerta, colegí que sería el cementerio.

Desde muy niño concebí y todavía conservo, una instintiva aversión á los camposantos de las grandes poblaciones; aquellas calles de árboles raquíticos, simétricas y enarenadas, como las avenidas de un parque inglés; aquella triste parodia de jardín con flores sin perfume y verdura sin alegría, me oprimen el corazón y me crisan los nervios.

El afán de embellecer grotesca y artificialmente la muerte, me trae á la memoria esos niños de los barrios bajos, á quienes, después de expirar, embadurnan la cara con arrebol, de modo que, entre el cerco violado de los ojos, la intensa palidez de las sienes y el rabioso carmín de las mejillas, resulta una mueca horrible.

Por el contrario en más de una aldea he visto un

cementerio chico, abandonado, pobre, cubierto de ortigas y cardos silvestres, y me ha causado una impresión, siempre melancólica, es verdad, pero mucho más suave, mucho más respetuosa y tierna.

En aquellos vastos almacenes de la muerte, siempre hay algo de esa repugnante actividad del tráfico; la tierra, constantemente removida, deja ver fosas profundas que parecen aguardan su presa con hambre. Aquí, nichos vacíos, á los que no falta más que un letrero: «esta casa se alquila»; allí, huesos que se retrasan en el pago de su habitación y son arrojados que se yo adonde para dejar lugar á otros; y lápidas con filetes de relumbrones; y décimas, y coronas de flores de trapo y siemprevivas de comerciantes de objetos fúnebres.

En estos escondidos rincones, último albergue de los ignorados campesinos, hay una profunda calma. Nadie turba su santo recogimiento, y después de envolverse en su ligera capa de tierra, sin tener siquiera encima el peso de una losa, deben de dormir mejor y más sosegados».

*
* *

«Cuando yo tenía catorce ó quince años, y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros y de esa esperanza sin límites, que es la más preciada joya de la juventud; cuando yo me juzgaba poeta; cuando mi imaginación estaba llena de esas fábulas del mundo clásico, y Rioja en sus silvas á las flores, Herrera en sus tiernas elegias y todos mis cantores sevillanos, dioses penates de mi especial literatura, me hablaban de continuo del Betis magestuoso, el río de las ninfas, de las náyades y los poetas, que corre al Occéano, escapándose de un ánfora de cristal, coronado de espadañas y laureles, ¡cuantos días, absorto en la contemplación de

mis sueños de niño, fui á sentarme en su ribera, y allí, donde los álamos me protegían con su sombra, daba rienda suelta á mis pensamientos y forjaba una de esas historias imposibles, en las que hasta el esqueleto de la muerte se vestía á mis ojos con galas fascinadoras y espléndidas!

Yo soñaba entonces una vida independiente y dichosa, semejante á la del pájaro, que nace para cantar, y Dios le procura de comer; soñaba esa vida tranquila del poeta que irradia con luz suave de una á otra generación: soñaba que la ciudad que me vió nacer se enorgulleciese con mi nombre, añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos, y cuando la muerte pusiese un término á mi existencia, me colocasen para dormir el sueño de oro de la inmortalidad á la orilla del Bétis, al que yo habría cantado en odas magníficas, y en aquel mismo punto á donde iba tantas veces á oír el suave murmullo de sus ondas. Una piedra blanca con una cruz y mi nombre, serían todo el monumento».

* * *

¡Ir á Sevilla y no visitar el monumento del mago pulsador de las cuerdas más delicadas del alma!

Hubiera sido imperdonable.

Fuí en una mañana de Abril. El cielo de aquel azul tan puro, que solo halla semejante en las costas rientes del Mediterráneo; el ambiente cálido, cargado de aromas de azahares, y la vegetación pomposa y lozana del paseo de las Delicias y del parque; eran el marco que yo apetecía para llegar junto al monumento, originalísimo, y sobre toda ponderación, artístico, que Sevilla, por iniciativa de los hermanos Quintero, ha erigido á «aquél que vió nacer, enorgullecíendose con su nombre, y añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos».

Un guarda me franqueó la entrada.

Allí, en aquel trocito del gran parque de San Telmo, sombreado de verdes y frondosos árboles, con unos cuadros donde salpican florecillas de variados colores, recordé el «santo recogimiento del cementerio de la aldea», y á la vez «el sueño de oro de la inmortalidad á la orilla del Bétis».

Allí, bajo un árbol que eleva y extiende sus ramas como las arcadas severas de una bóveda gótica, adosado al mismo tronco, recio, vigoroso y derecho, no ví, no, la piedra blanca con la cruz y el nombre del poeta, sino el busto marmóreo, blanco, irreprochable, del hijo predilecto de las Musas, del cantor inimitable de las «Rimas», de la pluma gentil de las populares leyendas.

Me descubrí respetuosamente... Sentí una especie de religioso sobrecogimiento... Estaba frente á la inmortalidad que supo profetizarse el mismo poeta... Su testamento, escrito en ese párrafo de sus ensueños, que he tomado de una de las cartas «Desde mi celda», estaba allí, delante de mi vista, ejecutoriado... Las ondas del Bétis lamen el parque de San Telmo y las auras fragantes de Andalucía acarician el busto, á cuyo pie se lee: «Sevilla á Gustavo A. Becquer».

Quando llega á su cénit el sol, sus rayos besan la cabeza del poeta, filtrándose, en lluvia de oro, por el follaje espléndido de aquel dosel...

2 de Noviembre de 1912.





EL MISTERIO DE LA HISTORIA

UN DISCURSO DE MENEZES Y PELAYO

Los que buscan en los archivos, poseídos de la fiebre de sorprender testimonios, y de reconstruir, siempre hallan algo. Cuando no es el dato sospechado, que si se logra constituye un tesoro, otros datos se ponen de manifiesto, y, ó corroboran ó esclarecen legítimas dudas.

El archivo es un venero riquísimo para el investigador. Atraen y seducen el viejo papel, el empolvado pergamino, el libro raro.

Lo que fué ó pasó, allí está, como está en el fondo del sepulcro, seco y denegrido, el esqueleto humano. Un despojo es una cifra. Da siempre la clave de un cálculo. Por él se complace la imaginación en reconstruir, infundiendo nueva vida.

No es extraño, antes bien, corriente, que el historiador «profetice sobre los huesos», yendo quizás más allá del límite señalado por la insuficiencia del dato.

Por eso, en todo trabajo de reconstitución histórica, por bien documentado que esté, la crítica más benévola se vé obligada á hacer salvedades.

De la historiografía, si en ella quiere hallarse la

verdad, lo que fué y como fué, no debe fiarse mucho. La lejana adolece necesariamente de defecto de información. La cercana de defecto de parcialidad. Dice el P. Moret, analista de Navarra, que es difícil hallar la verdad en lo antiguo y fácil decirla, y en lo moderno, fácil hallarla y difícil decirla.

Es indudable. La historiografía no es la Historia, esa fría, rígida, inexorable Clío de la creación mitológica.

Entre dos escollos, imposibles de eludir, hay que sorprender la verdad en la historiografía. Son Scila y Caribdis, la oscuridad del dato y la parcialidad del testimonio humano. La concepción científica de la luna maravillosamente azogada, que no se vé porque solo deja ver lo que refleja, no se ha dado en los trabajos históricos, ni se dá ni se dará.

Por ello, la crítica moderna, con sentido real, toma á los historiógrafos, no como expresión definitiva, dogmatismo falso de viejas escuelas, sino como meros elementos de juicio. Cada historiógrafo es una faceta, la cual da un reflejo que produce un fulgor; pero, por sí solo, no ilumina la escena de los hechos humanos con la luz de la verdad.

* * *

En mi pobre opinión, uno de los trabajos más sobresalientes de Menendez y Pelayo es su discurso de recepción en la Academia de la Historia.

Trata de la historia «considerada como arte bella, de la noción estética de la historia».

Aparte méritos de erudición y de estilo, insuperables, que por sí solo enseñan y deleitan, declaro que jamás he leído otro trabajo que, como ese, haya arraigado, con raíz profunda de convicción, en mi espíritu.

El nunca bien llorado polígrafo, á más del concep-

to estético de la Historia, que, «con sus propios medios se acerca á producir los mismos efectos que producen el drama y la novela», sintetiza en breves páginas la historia de la Historia y descubre ante nuestros ojos el panorama de los historiógrafos desde el abuelo Herodoto hasta los modernos Momsen y Savigny.

¡Qué admirables son los párrafos que consagra al estudio de los clásicos!

Dice que fueron grandes, y que perduran en la conciencia del género humano, *por su parcialidad manifiesta*, por la pasión que guió sus plumas, inflamadas en odios ó en amores.

No conozco nada más valiente, más atrevido, que más destruya los falsos prejuicios que nos infunden en las aulas, como las siguientes líneas:

«De todo lo cual infiero yo que la historia clásica es grande, bella é interesante, no por lo que los retóricos dicen, sino por todo lo contrario; no porque el historiador sea imparcial, sino, al revés, por su *parcialidad manifiesta*, no porque le sean indiferentes las personas, sino, al contrario, porque se enamora de unas y aborrece de muerte á otras, comunicando al que lee este amor y este odio; no porque la historia sea en sus manos la maestra de la vida y el oráculo de los tiempos, sino porque es un puñal y una tea vengadora: no porque abarque mucho y pese desinteresadamente la verdad, sino porque abarca poco y descubre solo algunos aspectos de la vida, encarnizándose en ellos con fruición artística; no porque sirva de grande enseñanza á reyes, príncipes y capitanes de ejércitos, dándoles lecciones de política, buen gobierno y estrategia, sino porque ha creado figuras tan ideales y serenas como las de la escultura antigua, y otras tan animadas y complejas como las del drama moderno; no porque *enseñe á bien vivir* como dijo Luis Cabrera, apesar de los aforismos con que sabian engalanarla, sino porque produjo en Tácito el más grande de los artífices creadores

de hombre si se exceptúa Shaskepeare, *Opus hoc unum maxime oratorium*».

«Por tales virtudes, antes poéticas que históricas, viven y vivirán eternamente, á los ojos de la memoria, la peste de Atenas, la oración fúnebre de Pericles y la expedición de Sicilia en Tucídides; la batalla de Ciro el joven y su hermano en Jenofonte; la consagración de Publio Decio á los dioses infernales, y la ignominia de las Horcas Caudinas en Tito Livio; el tumulto de las legiones del Rhin y la llegada de Agripina á Brindis con las cenizas de Germánico (*infausti populi Romani amores*) en Tácito; la conjuración de los Pazzi y la muerte de Julián de Médicis, en Maquiavelo; la acusación parlamentaria de Warren Hasgtin, el terrible procónsul de la India en Lord Macolay».

*
* * *

Ingentes son la «Historia de los Heterodoxos», prodigio de erudición, y la «Historia de las Ideas Estéticas en España», monolítica construcción, que dejó sin terminar.

Pero el discurso de la Academia de la Historia es la obra inspirada de un vidente, de un revolucionario, antorcha inextinguible, á cuya lumbre deben mover sus plumas los historiógrafos.

Revolucionario he dicho y parecerá á algunos hasta paradójico, tratándose de Menéndez y Pelayo.

No hay tal.

Pese á su tradicionalismo, era un espíritu eminentemente liberal en materias de estética. Aparte la justicia de su crítica—que de él es la frase «la justicia se debe á amigos y á enemigos, á vivos y á muertos», él iba en filosofía del arte tan lejos como el radical más convencido.

El discurso asombró y hasta escandalizó entre

los fieles á los viejos preceptos retóricos. El dijo, como nadie antes que él lo dijera, que el mérito de los historiadores clásicos está en haber sido hombres de su tiempo, de su ciudad y de su raza. Por esto, precisamente por esto, dan el *verdadero testimonio histórico*. Siendo parciales dejaron, desde su punto de vista, la visión exacta de los sucesos humanos. Fabricaron el espejo de la historia.

La síntesis suprema de la historia no existe en las páginas de un solo historiógrafo. Solo culminando desde alta cima puede aspirarse á entrever la verdad de la historia. Por eso he titulado este trabajo «El misterio de la Historia». Hay en ella, en la que se escribe, un misterio. La historia debe ser imparcial, y ningún historiógrafo, aunque se lo haya propuesto, lo ha sido. Sin embargo, la historiografía es el único medio de penetrar en la historia.

¿Cesará algún día el misterio? ¿La historia ideal reflejará pura en la historia escrita? ¿Se construirá la luna azogada perfecta, la que no se percibe, á causa de reproducirse en ella fidelísimamente los objetos?..

Menéndez y Pelayo termina su discurso con este párrafo:

«Pero, reconociendo y admirando los triunfos de esta crítica y de esta filología que Niebuhr llamó, con magestad religiosa «Mediadora de la eternidad, inclinación secreta que nos lleva á adivinar lo que ha perecido», esperemos, señores; que no siempre se ha de ver encerrada en la caja de hierro de la ciencia pura, es decir, en libros sin estilo y abrumados de notas y testimonios, sino que algún día romperá la áspera corteza y entonces (digámoslo con palabras del gran Niebuhr) «Será semejante á aquella ninfa de la leyenda eslava, aérea al principio é invisible, hija de la tierra luego, y cuya presencia se manifiesta solo por una larga mirada de vida y amor».



UNA INSTITUCION

SR. JOSÉ "EL PERRERO"



los noventa y cuatro años de edad entregó su alma á Dios señor José, «el perrero» de la Catedral.

No sé si su empleo en el santo templo era ese, el de echar los perros, para lo cual iba armado de rebenque.

Lo que si sé es que así le oí llamar todos los días de mi vida, que ya remonta un poco la cuesta.

De regular estatura, un poco cargado de espaldas, de mirada algo apagada, el rostro seco y afeitado, se me representa siempre el Sr. José con su túnica, entre azulada y verdosa, manchada de cera, rematada en blanca golilla, no muy limpia, y entre las manos el cetro de su poder, el látigo, y el sombrero redondo, del mismo confuso color de la túnica, yendo, pausado y ceremonioso, delante de la cruz en las procesiones claustrales.

¡Cuántas veces su rebenque me sugirió ideas, quizás injustas y maliciosas en su aplicación, pero de fondo genuinamente cristiano. Llevar el rebenque entre los concurrentes á la casa de Dios es algo simbólico... Jesucristo, nuestro Señor, la mansedumbre hecha carne, no dejó, empuñando el látigo, títere con

cabeza entre los mercaderes que hacían tráfico en la casa de su Padre!

También evoco la figura del Sr. José, sin vestimenta ni papel litúrgico, en los días anteriores á la Semana de Pasión, dirigiendo el traslado del alma cen al patio de los naranjos, de las piezas é imágenes de aquel inolvidable monumento, tan injusta é inicuamente convertido en leña, pues, ni siquiera, se le concedieron los honores de una jubilación en perpetuo depósito.

Alguna vez el Sr. José nos suministró algún matotazo y nos amenazó con sacar el rebenque. Era que, por la tarde, antes de entrar en el Colegio de San Agustín, nos metíamos en el patio de la Catedral, y, tendido sobre el suelo el mal ladrón del Calvario, remate del monumento, ¡aún me parece verlo!, de cartón canelo, con una cara de horror, pues toda era una exagerada mueca, le hartábamos de puntapiés, que alguna vez le agujerearon, y de escupitajos, que le ponían hecho un asco.

El Sr. José era en la Catedral una institución.

Entró á servir el año 1843, siendo Obispo el señor Romo. Ocupó su cargo unos setenta años. El contaba los Prelados que había conocido: el Sr. Romo, el Sr. Codina, el Sr. Lluch, el Sr. Urquinaona, el Sr. Pozuelo, el P. Cueto, el Sr. Pérez Muñoz. Deanes, muchos; dignidades, canónigos, beneficiados, una caterva. Vió renovarse muchas veces el Cabildo.

—¿Y usted, Sr. José?—le decíamos.

—Pues yo —y se sonreía—siempre con el rebenque hasta que Dios quiera....

Ya Dios quiso. Dejó el rebenque para siempre. Pensamos que si en los tribunales de ultratumba se le ha tomado cuenta del uso que hizo de él, no se le seguirá perjuicio por acción, sino por omisión.

Era en esta ciudad, y era dentro del mismo templo, el único rebenque inofensivo...



LOS BARCOS DE LA HABANA

UN ANUNCIO

FOJEO *El Canario* en busca de las notas locales de más interés en aquella época, mediados del pasado siglo, y tropiezo con este anuncio, de letra negra y grande:

«Saldrá para Matanzas y la Habana, á la mayor brevedad posible, el Bergantin Las Palmas, su capitán D. Pedro Arocena, admitiendo carga y pasajeros. Las personas que gusten aprovechar esta oportunidad pueden dirigirse á su dueño en esta ciudad, D. Jerónimo Navarro, calle del Cano».

Salir barco para la Habana, ó volver, era un acontecimiento. Muchos de mis lectores se quitarán algunos años de encima, leyendo este anuncio del 8 de Febrero de 1855. También me los quito yo, aunque no soy tan viejo. No había nacido en la fecha del anuncio. Pero recuerdo los tiempos anteriores al año 1882, el del Puerto de Refugio, linderero de dos épocas de nuestra historia.

Conocí la *Gran Canaria*, que se botó en Boca-Barranco y se hizo con maderas de nuestros pinares,

el bergantín *Las Palmas*, el *G. H.*, el *Triunfo*, el *Cuba y Canarias* y otros de la carrera de Indias. Recuerdo la ansiedad de quienes esperaban deudos ó amigos, cuando eran llegados los días del recaló y los barcos no recalaban. Me parece que siento el sonido del esquilón del vigía, y veo la señal, y el vecindario se inquieta y corre al muelle, y se oye por todas partes «viene barco de la Habana».

El desembarque de los indianos, de jipijapa y cotorra, con los cofres y líos, los abrazos y los besos y las lágrimas sobre la explanada del martillo, todo en medio de una algarabía entre la gente desembarcada, y la gente de las lanchas, son escenas con más viveza y verdad fotografiadas en mi memoria que otras ayer mismo acaecidas.

Y si á mi me pasa esto, imagínese lo que les pasará á los contemporáneos del anuncio que he visto en *El Canario*.

Mejor que yo podrían ellos dibujar el arrogante velamen y aparato de aquellos barcos. Era de verlos cuando aparecían más acá de la Isleta, y á veces montando la punta, como que, al regreso de Cuba, navegaban hasta la latitud de las Terceras, para tomar los alisios y dejarse rodar sobre Canarias. A todo trapo se dejaban venir, como mensajeros que llegan, ufanos y triunfantes, al término de su destino.... Y luego, ya fondeados, iban, poco á poco, desnudándose, soltando la mayor, los sobres, los foques, hasta que quedaba el esqueleto airoso y gallardo del aparejo, tambaleándose á uno y otro lado. Dispuesta quedaba así la nave para el arrullo del movido fondeadero de «Los Plátanos» por semanas y aun por meses.

Un recuerdo me suscita el anuncio, el de D. Pedro Arocena.... Una vez, no hace muchos años, vine con él abordo del antiguo *Leon y Castillo* desde Santa Cruz de Tenerife. Sobre cubierta, durante las horas de travesía, en un día de brisote pardo, con los horizontes tomados, pérdidas de vista la tierra

tinferña y la tierra canaria, ví á D. Pedro siempre con la mirada fija en la lejanía. En su rostro se adivinaba la melancolía de los viejos azares de la navegación, con sus inquietudes y con sus placeres, para siempre perdidos. Tal vez, pensaba yo, se acuerde de sus años de marino en carrera constante desde Canarias á América, y aquel barco de sus amores, la velera *Gran Canaria*, ya desgusada en las playas cubanas, tome á sus ojos, en los confines misteriosos de la mar, apariencia de vida.

Me acerqué á él y le dije:

—¿Recordando tiempos viejos D. Pedro?

Y sin variar su actitud contemplativa, pero accediendo, cortés, á mi pregunta, me contestó:

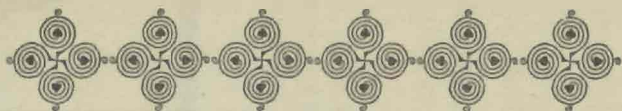
—Es completamente inútil.

Y no quise decirle más; respeté su duelo. Don Pedro sobre el mar, pero no sobre la cubierta de su *Gran Canaria* era como un cautivo en esquite argelino. Si en tierra penaba al pasearse por la marina ó subir á la azotea de su casa, y mirar para el proceloso elemento, donde pasó lo mejor de su vida, imagínese lo que sufriría en una travesía de horas y dentro de un buque de vapor.

Dejarlo, dejarlo, pensé. Es el marido que ha perdido la compañera de su vida. Su imágen, á la vez, es agobio de pena y dulzura de consuelo... No me quedó duda. El hombre del mar, el viejo capitán canario, vió aquel día, navegando entre islas, surgir en los horizontes la arrogante fragata que mandó muchos años...

Pero más sintió el vivo dolor de la eterna ausencia que el suave bálsamo de la memoria querida.

«Es completamente inútil»... Se fué y no vuelve... Y esa intensa amargura le acompañó hasta el sepulcro.



RECUERDOS HISTÓRICOS

NUESTRA SEÑORA DE "LA PORTERIA"

Los cronistas de la Conquista refieren que la primera casa de religiosos que hubo en Gran Canaria fué el Convento de PP. Franciscanos cerca del Real de Las Palmas.

Me parece que es Abreu Galindo, quien habla de la poética mansión de aquellos frailes menores y pinta su convento como un balcón colgante de vistas hermosísimas sobre el puerto de las Isletas y sobre el valle florido del Guiniguada.

Allí, seguramente, aprendieron las verdades cristianas los numerosos indígenas que, después de la capitulación de Ansite, dejaron el interior de la isla y se acogieron al naciente caserío que fundó Rejón. Fueron los hijos del santo glorioso que reza el 4 de Octubre la Iglesia, los evangelizadores de Gran Canaria. En ellos, que tienen casa actualmente entre nosotros, debemos ver á los progenitores de nuestra religiosa estirpe. Que si los soldados de Rejón y de Pedro de Vera impusieron la soberanía de Castilla

por la fuerza de las armas, los soldados de la legión de San Francisco conquistaron á nuestros indígenas para la fé católica por la fuerza suave y espiritual de su santo ministerio.

De las glorias de la casa de los frailes franciscanos de Las Palmas, fundada en el amanecer dichoso de la vida civilizada de Gran Canaria, dos me vienen á los puntos de la pluma.

Una, la más remota, es que la «poética mansión» sirvió de hospedaje al famoso historiador de las Indias, Oviedo. El lo refiere en un tomo de sus obras. Aquí vió por primera vez el plátano, que es hoy cultivo de pingües rendimientos. Los frailes de Gran Canaria edificaron su casa, erigieron su iglesia, fundaron sus escuelas y roturaron los terrenos vírgenes donde hoy están las huertas de San Francisco y aún restan palmeras del bosque del Guiniguada.

Y es otra, que no hay que leer en libros, que vive y perdura en los sentimientos piadosos de nuestro pueblo, la leyenda milagrosa de Nuestra Señora de la Portería. De la Portería, si, porque en ese sitio del convento recibió las primeras plegarias de los fieles, la sacratísima imágen de la Soledad que se venera en la parroquia de San Francisco. Madre de los afligidos, consuelo de los menesterosos, ayuda y protección de los desamparados, refugio de las madres angustiadas, á los frailes, hijos del abanderado de Cristo, Francisco de Asis, debemos la imágen que más devoción inspira en la ciudad de Las Palmas

Yo no puedo verla, bajo su severo palio, rodeada de blancas flores, viviente estatua del dolor, en el Viernes Santo, el día de los grandes misterios, pasear por nuestras calles y plazas, recibiendo los homenajes de los corazones piadosos y las oraciones sencillas del creyente, sin traer á mi memoria y reproducir y gozar en las intimidades de mi espíritu, la modesta portería del convento, la escena de los frailes que acuden á recibir la caja misteriosa de las Indias y el asombro del capitán del barco que la con-

dujo, al descubrir la imagen, diciendo «esta, esta misma es la señora que me habló en el muelle de la Habana».

Leyenda, si, leyenda. Envoltura imaginativa y novelesca, que no es ni el engaño cruel del sofista, ni la superchería sórdida del embaucador, ni el aplomo de un corolario científico, casi siempre basado en una mera hipótesis. Todo esto hace árida la vida y seca y agosta la fuente de los afectos y de las esperanzas. No lleva, no, una gota de consuelo al alma atribulada y triste.

Y esa sencilla leyenda de la Virgen de la Portería, como las que originan en todos los pueblos cristianos las fervidas devociones populares, que resisten por siglos embates y mudanzas, dió raudales de cristiana resignación y fortaleza á las viejas familias cristianas que nos precedieron en la vida, y hoy, en el secreto augusto de la favorecida capilla de la iglesia parroquial de San Francisco, ella, solo ella, la leyenda santa, sabe las lágrimas que ha enjugado, los débiles corazones que ha fortalecido, los matrimonios que le deben su paz, las familias que obtuvieron su sosiego, los hombres y las mujeres de todas las clases sociales que han recibido gracia para afrontar las luchas de la vida.

¡Benditas leyendas!... Ellas han hecho y harán por la posible felicidad de este valle de lágrimas lo que en vano procura la ciencia de sociólogos y economistas... Dejádme que rememore estos beneficios y estas glorias que debe mi ciudad de Las Palmas á los frailes menores de San Francisco y que los rememore en el día en que la Iglesia canta sus divinas virtudes... Dejádme que recuerde «la poética mansión, al pié de la sierra, cerca del Guiniguada, mirando hácia la Isleta, y que imprima un beso de amor á la santa efigie de la Soledad, á la sagrada é inefable escultura que recibió las preces de nuestros mayores en la humilde portería...



CUENTOS VIEJOS

RESTAURACION DEL SAN CRISTOBAL DE LA CATEDRAL.

ERA corpulento. Excedía en estatura de los dos tercios longitudinales del testero de la capilla que tiene ingreso por el Patio de los Naranjos... Aquel San Cristóbal llegaba, en la niñez, á imponernos pavor. Solo con él nos reconciliaba el niño Jesús que llevaba sobre los hercúleos hombros.

No sé si era bueno, malo ó mediano, como pintura. Las pantorrillas parecían columnas de un templo. El rostro, con unos ojazos que causaban espanto, téngolo tan presente que lo reproduciría si supiese dibujo. La cabeza, rizada, era una mole... Deteriorado por el tiempo, tal vez por la mala calidad del enlucido, afirmo que era mejor que el que lo ha relevado, pese á sus regulares dimensiones y á su pretencioso marco.

Tenía, por lo menos, el mérito de lo desmesurado, como gigante, y el sello de venerable antigualla de nuestro primer templo... ¡Si lo hubieran quitado para poner en su lugar una obra de arte!... Ni aún

así lo aplaudiría. Reformar lo arcaico, lo que guarda el aroma de los siglos, es una profanación.

Háganse cosas nuevas, pero no se toquen las viejas, por malas que nos parezcan. Son reliquias de nuestros mayores. Deben ser objeto de un culto rendido y santo.

Y voy á mi cuento.

Hubo entre nosotros, —le conocí y traté— un hombre bueno, sencillo, que, en mala hora, dió en la manía de manejar el pincel... Hizo Dolorosas á granel— era su tarea predilecta— pintó por esos pueblos muchos retablos de ánimas y hubiera sido capaz de retocar, si lo dejan, el Juicio final de Miguel Angel.

El San Cristóbal se descascaronaba, se caía á pedazos... Sobre todo, el arroyo, que vadeaba el santo, y que tenía por la perspectiva de extensión y por el subido añil de su tono, apariencias de Occéano, había llegado á deplorable estado... Era un mar salpicado de *iceberg* é *icefield*, la cal que asomaba á trechos, en figuras caprichosas é irregulares.

Imponíase la restauración, y el Cabildo—no se ofenda el respetable cuerpo, desde aquella fecha, ayuno de todo gusto estético—la encomendó al complaciente y dispuesto aficionado.

Poca cosa, á juicio de este, era menester... En breves horas, las que median de las canónicas de la mañana á las de la tarde, quedaría el mar nuevecito, flamante, limpio de aquellas máculas boreales.

Y así lo hizo... Al abrirse la puerta del Patio de los Naranjos, allí estaba mi hombre, ufano de la proeza pictórica, esperando parabienes.

De los primeros en entrar fué el viejo Fumero, el fuellista del órgano, que iba á cumplir su mecánico cometido... Delgado, seco, algo encorvado, costóle algún trabajo abarcar con la vista la enormidad del santo...

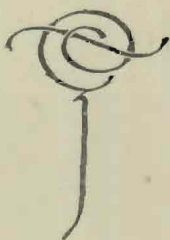
Los ojos de Fumero deslumbraronse, por ser lo más asequible, ante los borbotones de espuma, arbolada, azotante, sobre las pantorrillas del mónstruo

humano... Era la furia del oleaje bravo contra el martillo del muelle de San Telmo en días de reboso.

Y el viejo Fumero no vió, no quiso ver más. Dió media vuelta, encaróse con el artista y reanudando el perezoso paso hacía el Coro, díjole:

—Diga Don D... ¿la mar estaba de leva?

15-Septiembre-1911.





EL VIGIA Y EL ALBA

REMEMBRANZAS

MALO fué que la defensa militar de la plaza quitara el vigía de la «plataforma» de San Francisco.

¿Quién no recuerda, con el amor que despiertan las evocaciones de la infancia, la casa de tejas donde se guardaban los chirimbolos de las señales, que eran banderas de todos colores, unas trapientas, otras flamantes, y las bolas remendadas y teñidas de betún?

¿Y el viejo maestro Manuel (q. D. h.), á ratos zapatereando, que este era su oficio, á ratos echando algún tute con mugrienta baraja, y á ratos, moviéndose, con la pesadez de una tortuga, sobre la explanada, antejo en mano, para recorrer la línea del horizonte desde Melenara hasta la Isleta?

¿Y las troneras que caían sobre la fuga del risco por Mata, donde nos refugiábamos en las horas de fúgona del Colegio de San Agustín, fumábamos á nuestro placer, y aguardábamos la vista de algún barco para izar los gallardetes ó repicar la campana si el maestro Manuel estaba de humor y lo permitía?

¿Y la espadaña de cuatro palos, agrietados y cenicientos, que soportaron más de medio siglo aquel esquiloncillo, regocijador del vecindario, sobre todo si se esperaba barco de la Habana ó si estaba al caer el paquete del Sur, anhelado por los que iban á bordo á vender pájaros canarios?

La «plataforma» tenía su día solemne en el año, día de gran gala... Era el Sábado Santo. Después de descorrer, al toque de gloria, las cortinas de los ventanales altos de la Catedral, salíamos á solazarnos con el «embanderado».

Del remate de la cruz del vigía, partían á un lado y otro, formando dos triángulos con el muro, los hilos llenos de banderas... Las viejas, las nuevas, rojas, blancas, azules, amarillas, las que sirvieron para alarmar allá por el siglo XVIII á la población con anuncios de corsarios, hechas ya girones, todas cogían aire en ese día, desde el repique de gloria hasta que, á las doce, se izaba el gallardete rojo «sin novedad».

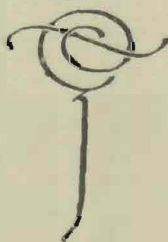
Todo desapareció. Ni quedan las reliquias materiales, ni sobrevivirá la memoria á nuestras fugaces vidas... El puerto de La Luz, llevándose los vapores, que ya no ofrecen aquella novedad que repicaba la esquila del vigía, y la defensa militar, que convirtió el viejo reducto en batería rasa, acabaron con la institución representativa de nuestra paupérrima vida marítima, anterior al florecimiento del Puerto de Refugio.

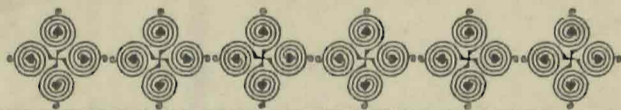
Aquí llegaba en estas líneas, dictadas por la melancolía de la juventud que pasó, en espera del corte del periódico, cuando sonó el toque, no sé si alegre, no sé si triste, las dos cosas á la vez, según los recuerdos á que se asocie, del alba en la torre de la Catedral.

Algo tiene de sagrado y venerando, algo que lo hace simpático como cosa íntimamente ligada á nuestra vida... Lo oímos desde niños, en la adolescencia, en la juventud, en la edad amarga de los desencuentros, á veces soñando en la madrugadora partida para el campo, á veces después del baile embriagador y lleno de ilusiones de amor del «Gabinete», á veces ¡qué lúgubre resonaba!... cuidando al enfermo querido ó velando los pálidos restos del ser amado .. Lo oyeron nuestros mayores, que ya son polvo y ceniza, lo oímos nosotros, que caminamos á igual destino, lo oirán nuestros hijos, las nuevas generaciones, las que habitarán la patria libre, emancipada, culta, próspera, sin las miserias y las roñas de esta época de dolorosa crisis.

¡Dichosos ellos!

2 de Junio de 1911.





EFEMÉRIDE

21 DE JULIO DE 1899.—21 DE JULIO DE 1911

No se trata de ningún suceso épico, ni de ninguna página política... 21 de Julio de 1911, al cabo de doce años, recuerda 21 de Julio de 1899... La nota, á mi vista, dice escuetamente: *Se establece la Comunidad de Siervas de María en Las Palmas.*

Modesta, sencilla, humilde efeméride, no es el pomposo lirio, ni la rosa encendida, ni la flor ostentosa, gentil y arrogante... Es la escondida, la casta, y púdica violeta.

Unas pobres mujeres con tosco sayal y blanca toca, que, sin ruido, ni pompa, apenas anunciadas, casi desconocidas, aportan á estas playas, se instalan en pobre casa, elevan sus plegarias á María y esperan el aviso del enfermo abandonado, de la familia afligida, del hogar donde martiriza el dolor y asecha la muerte.

Es la caridad, que no distingue de nacionales y extranjeros, de amigos ni de enemigos, la caridad,

por el amor de Dios, la única, la verdadera caridad.

Es el amor al prójimo, por amor á Dios, que, por primera vez en rincón ignorado, junto á las ondas de un lago santo en la Historia, oyó atónito el mundo de aquellos divinos labios que predicaron *el amor á los enemigos* y que se entreabrieron en la cruz, rogando por ellos al Eterno Padre.

Es el heroísmo, callado, oculto, anónimo, que se avecindó en Las Palmas, que se ejerce junto al lecho del doliente, en la penumbra de triste aposento, y que deja de actuar, ó cuando la muerte cerró unos ojos, ó cuando la ciencia salvó una vida.

¡Cuántas veces no habéis tropezado, en horas de la noche, por esas calles, con una sierva de María, acompañada de algún deudo del enfermo á quien va á prestar su asistencia de amor! .. ¿No os habeis sentido poseídos de religioso respeto, de rendida y santa veneración?

Hace doce años. . ¡dichosos años!... que la ciudad de Las Palmas alberga en sus muros la angélica legión de la caridad que se llama *Comunidad de Siervas de María*.

¿No es verdad que esta efeméride os toca suavemente las fibras más recónditas del corazón?

21 de Julio de 1911.





FESTIVIDAD RELIGIOSA

EL "CORPUS" DE URQUINAONA

Fué en los tiempos de pontificado de Don José Urquinaona y Bidot. Apóstol ardoroso, santo devoto del adorable Sacramento del Altar, sabía atender á las almas, encendiendo en ellas el fuego del amor divino, y sabía atender á la pompa y á la magnificencia del culto externo. No ha vuelto este á ser, ni en la Iglesia Catedral, ni en las parroquias, lo que fué en la época de aquel varón de fé y de virtudes que debe de gozar la dicha eterna en el seno de Dios.

«El espíritu vive aprisionado dentro de los sentidos decía —y es menester solicitarlo á través de ellos». De aquí el especial cuidado que ponía en las cosas del templo y del altar. Místico hasta anonadarse en el piélago del infinito amor, ángel de caridad hasta descender al loco estruendo de un club revolucionario en busca de la descarriada oveja, incansable en el celo apostólico, como un nuevo San Pablo, que se multiplicaba y lo vigilaba todo, Urquinaona, por lo mismo que conocía la naturaleza del ser humano y sabía la parte principalísima que

en ella juegan los sentidos, promovió las esplendides del culto externo, y desde él data lo poco que queda ya entre nosotros.

Se propuso hacer del Córpus el día grande de Las Palmas. Logró el privilegio de la procesión en las horas de la tarde, más propias para el lujo, la solemnidad y el esplendor. Y excitando el celo de todos, un año un detalle, al siguiente otro, aproximóse á la realización de su sueño dorado... «No he de descansar—dijo varias veces—hasta que cada calle de la carrera sea un prodigio de galas y pompas. Todo es poco para la marcha triunfal de Nuestro Señor Jesucristo».

Las vísperas eran solemnísimas. ¡Con que pausa y magestad se celebraban dentro de la Basilica! Fuera, iluminación en las Casas Consistoriales, en las casas particulares, y los últimos años en algunas de la carrera. La plaza de Santa Ana, lucía desde la Catedral al Ayuntamiento, el magnífico toldo, diversidad de gallardetes y banderas. Las fachadas de casas y edificios se ocultaban entre cortinas y enramadas. Rodeando la fuente del Espíritu Santo, á más de las ramas y palmas y enormes jarrones de flores en la casa de Manrique, preciosas alfombras, cada vez de más gusto y primor, diminutos vergeles y abreviados jardines. El Seminario Conciliar levantaba un severo arco y un elegante templete; decoraba con profusión su fachada y exhibía los retratos de obispos de la Diócesis canariense. El Conde de Vega Grande, en la esquina de su palacio, hacía la mejor alfombra de la carrera. Era obra del gusto irreprochable de D. Juan del Castillo y Westerling, alma de artista exquisita y delicada. Y había que ver, luego, el pilar nuevo, el amazotado pilar de la plaza que aun lleva su nombre, por la parte posterior de la Catedral. Desaparecían su estanque y su taza entre plantas, macetas y flores, y los juegos de agua dábanle encanto y frescura de pintoresca gruta... Y la calle de los Balcones y la de la Carnicería, Pelota, Progreso, Nueva,


ostentaban, á trechos, arcos de follaje... Por todas partes, cortinas, banderas, enramadas, flores, capillas improvisadas, luz, color, sonido, la Naturaleza encerrada en estrecho marco para festejar al autor de sus perennes prodigios.

Tal hizo Urquinaona... Tal siguió durante tiempo después, aunque ya decayendo, en el pontificado del Sr. Pozuelo... Hoy no es ni la sombra.

Urquinaona pensó en vestir niños de ángeles, colocados en plataformas de un arco doble en la calle de la Carnicería, para que arrojasen flores al Santísimo y se incorporasen, luego, con incensarios, delante del trono... ¡Oh memorias inefables de la niñez!... Recuerdo con viveza á mis compañeros, á mi mismo me recuerdo, con trajes vaporosos de tules y gasas... y recuerdo al santo Prelado... Al pasar el trono bajo el arco, y empezar nosotros á arrojar, sobre el templete de plata, rosas deshojadas, aquel semblante, de angelical bondad, irradiaba gozo... Era el justo y el bienaventurado.

¿Quién no evoca en estos días, próximos á la festividad más dulce y poética de la Iglesia, aquí en Las Palmas, la figura de aquel esclarecido Obispo, uno de los más doctos y virtuosos que ha tenido el Episcopado Español?... En Cádiz, una calle lleva su nombre. En Barcelona, donde reposan sus cenizas, una plaza de las mejores del ensanche... En Las Palmas... su nombre está grabado en nuestras almas y perdurará en las sucesivas generaciones.

5-Junio-1911.



ANIVERSARIO DE UN HONENAJE

A LA PRECLARA MEMORIA DEL
EXCMO. SR. D. JUAN DE LEÓN Y CASTILLO

«Laudemus viros gloriosos et
parentes nostros in generatione
sua»,

«Alabemos á los varones ilus-
tres y á nuestros padres en
su generación».

(*Eclesiast. XVII*).

SUPE su muerte. Sentí dolor, algo así como la desgarradura de un tejido, como la conmoción de una entraña. Y mi mente entenebrecida surgió á la luz, advenido que fué el sosiego, evocando una memoria, iluminando una escena. Era en la vieja sala del teatro de Cairasco en la noche del 15 de Octubre de 1882, hace hoy treinta años. Palcos y galerías llenos, y yo, apenas adolescente, deslumbrado ante el espectáculo... Abajo, junto á la larga mesa del banquete, veía, relucientes, en unos, las venerables calvas, lustrosos, en otros, los negros cabellos, á los intelectuales de Las Palmas...

Copa en mano, todos en pie, hízose el silencio. El ingeniero, D. Juan, hablaba, y su voz, velada por la emoción, ténue, delgada, apenas fué percibida en las alturas de la galería... Aquel momento tuvo unción religiosa, solemnidad de culto, y luego, la marcha triunfal de la orquesta, fué como un himno de gozo, de exaltación, de apoteosis de un héroe sombreado por los laureles de la victoria.

·Era el festin en honor del Excmo. Sr. D. Juan de León y Castillo, insigne Ingeniero jefe de la provincia, después de su regreso de Londres y de Madrid, rematadas ya las obras del Puerto de Refugio de La Luz.

Recordé, evocada la escena, las palabras bíblicas... *Alabemos á los varones ilustres y á nuestros padres en su generación.* Y descolgué del estante el libro de las divinas inspiraciones y leí los siguientes versículos:

Con la posteridad de ellos permanecen los bienes.

Y sus hijos por amor de ellos permanecen para siempre; su estirpe y su gloria no será abandonada.

Sus cuerpos fueron sepultados en paz y el nombre de ellos vive en generación y generación.

¿Puede mi pobre pluma hallar acentos comparables en glorificación de la memoria del anciano patrio que duerme ya el sueño eterno?... Los bienes están entre nosotros; son agentes de la riqueza de Gran Canaria, las carreteras, los faros, esa obra ingente que se levanta á la cabecera de la isla y que resucitó á Las Palmas sobre los escombros de su ruina... Nosotros, los hijos de la madre que aquel otro hijo hizo renacer á nueva vida, por el amor de él, por el ejemplar patriotismo de él, somos ya señores de nuestra heredad, casi á punto, en lejanos tiempos, de ser abandonada, y la estirpe de los canarios de vieja cepa, apegados á la roca con indisoluble lazo, y su gloria perdurarán, sean las que sean, las inquietas

tudes de esta época de transición, de crisis de crecimiento, de transformación de las rancias virtudes de ciudadanía.

Sepultado fué en cumplimiento de la ley de humanidad, en esta tierra de sus amores, donde nació, vió fulgurar los días de gloria, y tras ellos ¡ay! los de indecibles amarguras, que pusieron á dura prueba el temple de su espíritu... y sepultado en paz, con bendición de Dios y veneración de sus hermanos, y su nombre, el nombre de D. Juan de León y Castillo, el nombre del vidente del porvenir de Gran Canaria y del autor de las obras del puerto de La Luz, vivirá en generación y generación.

Ved porque, á poco de sentir pena por la muerte del ilustre patricio, recordé aquella lejana apoteósis del teatro de Cairasco. Y es que hay memorias que no admiten la sombra impura de las miserias de la vida, y entran, desde el momento misterioso del tránsito, nimbadas de gloria, en la inmortalidad. D. Juan de León y Castillo dió á la tierra todo lo frágil y perecedero de la carne y al mismo tiempo dió á su patria, que la posee y guarda como santa reliquia, la esencia luminosa de su espíritu.

Porque vivió en Gran Canaria, por Gran Canaria y para Gran Canaria, y desengañémonos, el hombre que acierta á enlazar siempre, en fecundo abrazo, las horas fugaces del vivir con el servicio y con el culto á la patria, después de muerto vive mejor, pues su memoria, testimoniada por obras perdurables, adquiere la serenidad augusta que preserva y consagra la justicia de la Historia.

Llegó esa hora solemne para D. Juan de León y Castillo. De los grandes santos no se dice que murieron. Se dice que durmieron en el Señor. De los grandes patriotas, de los hombres, como D. Juan, que señalan una época de grandeza para su patria, hay que decir que reclinaron su cabeza sobre la tierra natal para recibir con su cálido beso el aliento vivificador de eterna vida. Sus restos mortales están

incorporados al suelo de Gran Canaria, como sus obras imperecederas á la historia del país.

Y si nosotros no, por la ola de incultura y de incivilidad que nos anega, generaciones más gratas y justicieras vendrán que realicen aquel propósito, suscrito por las firmas de todos los pueblos de Gran Canaria en 1890, de perpetuar, en mármol y en bronce, la figura del sabio y patriota ingeniero, y de su ilustre hermano, insigne hombre público, que supieron realizar en su patria obras de fecunda vitalidad é innegable progreso.

No sé si sería presentimiento del próximo fin de mi ilustre y paternal amigo, á quien debí gratas horas de mi vida, que no volverán, y afectos y distinciones, que no merecí, y que, por lo mismo, agradecía en el alma, y guardo hoy, con religioso respeto, junto á la veneración de su egregia memoria.

... Paseaba una tarde calurosa del pasado mes de Junio bajo los árboles de Torreros en Zaragoza, que sombrean las aguas del canal imperial de Agagón, y ví, rodeada de artística verja, una estatua... ¿De quien es? pregunté... De Don Ramón Pignatelli, me dijeron, autor de las obras del Canal... Cruzó por mi mente el recuerdo de mi querida y lejana isla natal y pensé en las aguas serenas del puerto, contenidas por unos diques, donde ha de reflejarse, en su día, el monumento que se consagre, en parte, á perpetuar la memoria de Don Juan de León y Castillo... Erguida, delante de mí, estaba la figura del ingeniero aragonés.

15 de Octubre de 1912.



LA OBRA PATRIOTICA

FÓRMULA DEL PROGRESO

EL PENSAMIENTO

DEL EXCMO. SR. D. FERNANDO DE LEON Y CASTILLO



ué en 1882.

Era Alcalde de Las Palmas, D. Felipe Mas-sieu y Falcón.

O había venido de Madrid ó se disponía á ir, detalle que no importa, el ilustre patricio D. Juan de León y Castillo, representante entre nosotros de la política de su preclaro hermano, y á él perfectamente unido y con él perfectamente identificado en el trascendental designio del Puerto de Refugio de La Luz.

Las figuras venerables de D. Antonio López Botas, D. Domingo J. Navarro, y D. Eufemiano Jurado, elemento tradicional del patriotismo canario, suspiraban por la inmediata emancipación de Tenerife, inaplazable, por la restitución de la capitalidad ó por la división de provincia.

No podía ser de otra manera.

¡Haber llegado D. Fernando de León y Castillo al pináculo del poder, y no exigirle la realización del desquite, de la revancha!

*
* *

La mayoría inmensa del país seguía la corriente de la histórica opinión.

Hubo reuniones públicas, manifestaciones populares, Junta patriótica, todo el aparato de exteriorización de aquellos firmes sentimientos.

Súpolo D. Fernando de León y Castillo y no temió contrariar el empuje, contenerlo, oponerse resueltamente.

Hubo un momento de estupor, de asombro, de duda.

Cumplía á su hermano aquí hacer saber, y sobre todo, hacer querer, lo que sabía y lo que quería el Ministro de Ultramar.

Era la obra una verdadera revolución en el espíritu colectivo de Gran Canaria.

Era trocar en absoluto los procedimientos, fiar á largo é incalculable plazo, lo que se exigía con enca-recida urgencia y con formidable imperio.

*
* *

Antes de afrontar el asunto á la faz pública reunió el Sr. Massieu y Falcón á los concejales que representaban las tendencias ó agrupaciones políticas en el seno del Ayuntamiento.

Hízoles presente el Sr. Massieu que D. Fernando se negaba en redondo á trabajar por la división ni por la capitalidad.

Don Fernando dice que el país está anémico y necesita largo tratamiento que lo entre en vigor y tonicidad hasta que llegue el día en que su robustez y energía lo impongan por su propia é invencible fortaleza.

Don Fernando entiende que es menester dotar al país de medios de vida, sólidos, estables y fecundos, de grandes obras que le enriquezcan y hagan florecer, y que, hoy por hoy, solo debe pensarse en hacer el puerto.

Y D. Fernando formula la política del patriotismo, tomando como base el Puerto de Refugio de La Luz, y dejando al tiempo, á la evolución lenta, gradual y ordenada, el magno *desideratum* de la emancipación de Tenerife.



Todos estuvieron de acuerdo.

La ruta trazada por el hijo eminente de Gran Canaria se perdía en las lejanías del porvenir, salvaba el horizonte sensible, buscaba otras tierras y otros soles:

Todo lo que hubiera en ello desconocido, presentíase, no obstante, por la firmeza y seguridad del punto de partida.

Bastaba tener ojos.

Bastaba ver la desdicha de nuestra ciudad marítima *sin puerto*, azotada por las brisas del Occéano y sin recibir sus caricias de vida.

El puerto de La Luz, antes llamado de las Isletas, por donde entró la civilización española á poseer la tierra edénica de las Afortunadas, convertido en Puerto de Refugio al amparo del poder de D. Fernando de León y Castillo, y de los desvelos patrióticos y facultativos de su hermano D. Juan, era la cifra y compendio de la resurrección de Gran Canaria.



De Febrero de 1883, en que empezaron las obras del puerto, á Febrero de 1913, en que empezará á ejercer sus funciones de diputación para Gran Canaria el Cabildo insular ayer unánimemente proclamado, han transcurrido treinta años.

La política de sensato patriotismo que impuso D. Fernando de León y Castillo, se ha realizado.

Pisamos ya otra tierra; el mismo suelo sagrado de la patria, sí, pero dotado de elementos indestructibles de vitalidad y progreso.

Nos alumbra ya otro sol, el de nuestra independencia anhelada, sueño de todas las generaciones que reposan bajo la losa del sepulcro.

Ese Cabildo, que ayer se ha elegido, es el arca santa de nuestra libertad, ó será ¡Dios no lo quiera! el sudario de nuestra agonía.

Està en nuestras manos. Depende exclusivamente de nosotros.

¡Ah!... Si no supiéramos acreditar el Cabildo, si, viles y desalmados, lo echásemos á rodar, mereceríamos, no el derogado régimen provincial, sino el trato de los indígenas de Guinea ó Fernando Póo.

¡Dios aleje de nuestra querida tierra semejante ignominia!

6-Enero-1913.



EN EL DESFILADERO...

LACRIMÆ RERUM

Gs verdad. Lo dijo el poeta clásico... Las cosas lloran. Lloran la tierra, lloran el cielo, lloran el corazón del hombre. El recuerdo del bien perdido es un llanto de tristeza, de orfandad, de desamparo. Cuando, extendiendo la vista por el puerto de La Luz, me fijo, hacia el Confital, en los riscos bravíos, en las rocas encentadas por el mar, en la gran mancha amarilla de la desierta playa, yo veo llorar el suelo de mi patria querida... Es que en esa tierra, calcinada por el sol y oreada por las brisas marinas, hay un dolor vivo, agudo, dislacerante.

Viene á mi memoria la copla:

*Madre, no se lo que tienen
Las flores del camposanto,
Que, cuando el viento las mueve,
Parece que están llorando.*

Es la hora crepuscular. El sol se desmaya en el ocaso; tintas melancólicas tiñen el cielo; el mar se prepara para la fría caricia de la noche; las costas de Gran Canaria emergen, negras, fantásticas, como

las turgencias de un mónstruo rendido... Por las fal-
das de la Isleta, un pueblo nuevo enciende sus lu-
ces; el mar dormido del «Arrecife» las refleja tem-
bloroso; se siente el silbato de los remolcadores en
el puerto y la ronca voz de las bocinas de los tras-
atlánticos; pasan veloces los tranvías que guía el hi-
lo aéreo de tracción, carros, tartanas, gente... el
movimiento, la vida.

Y sin embargo, todo llora... Gran Canaria, opu-
lenta, rica, envuelta en manto de régia púrpura, se-
ñora en el Atlántico, llora...

*
* *

¿Que importan la suntuosidad y el arte de los
mausoleos? ¿Qué los pomposos arbustos vestidos
de perenne verdor? ¿Qué las rosas encendidas, los
jazmines olorosos, las gallardas dalias, las yerbas
mullidas del césped? ¿Qué ese conjunto de rientes
bellezas de la naturaleza y el arte?

Estamos en el cementerio, en la mansión de la
muerte... En vano el hombre ha querido verter, á
manos llenas, los encantos de la vida... No es la ri-
sa, franca y alegre, ni el deléite estético, sereno y
halagador... La muerte señorea el campo y hace tris-
te lo alegre, fúnebre y melancólico cuanto toca con
su helado aliento... Las flores que en el monte, en
las llanuras, en el jardín, en el tiesto que cuidan ma-
nos femeninas, en el búcaro que perfuma el hogar,
sonríen, en el cementerio, al prestar sus galas á los
sepulcros, lloran...

Parece que están llorando.

*
* *

Así la tierra de mis amores, Gran Canaria, ayer

pobre, olvidada, perseguida, encerrada en las aguas que ciñen su solar, era el vergel hermoso que acaricia el sol de la mañana y refresca dulcemente el rocío de la noche... Eran sencillas sus costumbres, sus necesidades escasas, sus medios de vida pauperísimos... Ni tenía el puerto donde ondean todas las banderas, ni la populosa urbe donde se oyen todas las lenguas.

Peró sus hijos eran nobles, hidalgos, sóbrios como espartanos y patriotas como ciudadanos de Roma. El amor á la tierra natal, el culto de las ideas de libertad y reivindicación, y la fraternidad ante el ara de la patria, en la cual se deponían las mezquinas pasiones, hacían de Gran Canaria, pobre y gimiendo bajo la tiranía de Tenerife, una tierra de ventura y bendición... El mar cantaba endechas de amor al besar sus riberas, y las nubes pardas del estío velaban, como todo protector, la gallardía de las palmeras de sus valles y el tupido follaje de los laureles de sus montañas!

¡Eden de los poetas perdido en la soledad de los mares que pusieron pavor á los osados navegantes del mar latino!



Hoy, mi tierra adorada, Gran Canaria, es un breve compendio del mundo civilizado y culto.

El puerto de La Luz se hombraea con los grandes puertos de Londres, Hamburgo y Nueva York... A su alrededor crece una nueva población de extranje-ros, peninsulares é insulares de todo el Archipiélago. Las Palmas, vieja ciudad, al impulso de la piqueta, va perdiendo la fisonomía de su pasado... La luz eléctrica, los trenes eléctricos, los vertiginosos automóviles, la telegrafía sin hilos, al verse por todas

partes, y llegar á los rincones más ocultos de la isla, nos asemejan á Australia ó Nueva Zelanda.

¡No te conozco madre querida!... Quisiera saltar de regocijo á la presencia de tus ricas preseas, de tus espléndidos arreos, de los tesoros de la industria, del comercio y del arte, que han venido á tomar posesión de tus playas, de tus ciudades, de tus campos y de tus cumbres... Pero no puedo... Echo de menos los tiempos de tu pobreza y de tu abatimiento... Son memorias de antaño, que afligen mi corazón... No, no me alegro, no corro por esas arenas doradas, ni me embriago de sol como un heleno.

Lloro... porque todo llora... Lloro el puerto con su bosque de mástiles y chimeneas... Lloro la ciudad con su lastre cosmopolita y su incremento prodigioso... Lloro la tierra que ennoblecó Doramas al morir por su independencia, que civilizó Pedro de Vera por mandato de los Reyes Católicos, que consagró Colón para el comercio de los continentes al adobar en sus riberas la carabela *Niña*... Todo llora, todo destila lágrimas, todo nos dice que Gran-Canaria es un cementerio.

.....

Con una feliz imágen lo dijo la otra noche Hurtado de Mendoza en su conferencia de *El Recreo* del puerto de La Luz... Vamos por un desfiladero camino hácia la ciudad ideal que anheló en vano el patriotismo de nuestros mayores, hácia la tierra prometida de la emancipación de Tenerife y de la libertad de Gran Canaria.

Y lejos de unirnos y fortalecernos, para salvar el peligro y llegar á la meta, nos hemos propuesto despeñarnos y perecer en los abismos...

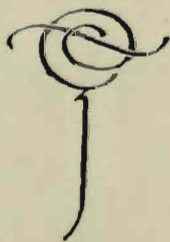
Sí: todo llora en tu solar bendito, madre venerable y santa...

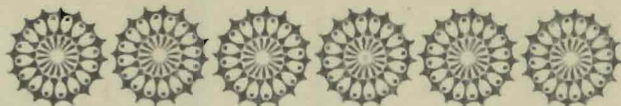
No somos tus hijos de amor, los que honraron á porfía tu reino de pobreza y de desventura...

Somos viles y descastados, como criados en nido de víboras, tus verdugos, tus sepultureros...

Te hemos engrandecido materialmente para darte el cetro de un cementerio... Yo leo en el frontispicio un rótulo siniestro... *Detente extranjero; no abordes á estas playas; pasa de largo; es una tierra de parricidas.*

22-Agosto-1911.





ENTRE SUEÑOS

UNA MALDICIÓN

HABLÁBAMOS hace pocos días con una señora anciana. Ella recuerda el año luctuoso de 1851, el año de júbilo de 1852, cuando la primera división, el año 1854, inolvidable por las tropelías de Tenerife en Gran Canaria que perpetró el general Ortega... Y ella, con lágrimas en los ojos, sintiéndose cercana al sepulcro, y temiendo no ver la proyectada división, nos decía que estos tiempos no son aquellos tiempos, que estas generaciones no son la sombra de aquellas generaciones, que ya aquí *la gente es otra*.

Aquel anhelo, que hacía de todos los canarios, ricos y pobres, un solo corazón para sentir y una sola voluntad para querer, se fué, no existe ya, y ha sido reemplazado por la indiferencia, que hiela, por la discordia, que mata, por los malévolos propósitos de gozarse, por viles venganzas personales, en el daño del propio país natal.

—Miren Vds. — nos decía, dirigiendo la vista, tras

los dobles cristales de sus gafas y del paño de vidrieras, hacía el mar de San Agustín—yo recuerdo, como si fuera ahora (ya era grande, tenía veinte años) la vuelta á la ciudad desde Telde cuando iba á cantarse el *Te Deum* por la desaparición del cólera... ¡Que entrada por ese San José!... Las casuchas, todas cerradas; algún que otro macilento transeunte... Yo venía delante, en mi mula, y detrás mis padres y otros amigos que por Jinámar se habían incorporado... Por todo el paseo de San José y luego por la calle de los Canónigos, á la caída de la tarde, resonaban las pisadas de las bestias como si caminaran sobre huecas bóvedas.

Y oía que mi padre hablaba de que se había acabado el cólera, pero que, detrás, vendría el hambre; que no había un barco que viniese de España, ni de la Habana; que los costeros y los de travesía entre islas estaban amarrados, sin gente; que las autoridades de Santa Cruz no consentirían la comunicación, lo menos, en un año ¡Calamidades, nada más que calamidades!

Presente tengo, también, que se hablaba del viaje á Madrid del Sr. Codina, de D. Cristobal del Castillo y de otros canarios que se prometían lograr que el Gobierno de la Reina se apiadara de nosotros... Y aquellos barruntos de hambre y de pobreza, por todo consuelo, después de unos meses terribles, Junio, Julio, Agosto y Septiembre, en que no había donde enterrar la gente que mataba el cólera, ibanse, como por encanto, y la conversación se hacía animada, y había que ver como mi buen padre y sus amigos (q. D. h.) hacían el cuento de la lechera con las cosas que conseguirían en Madrid el Obispo, Castillo y D. Jacinto León.

—¿Pero ya se sabía lo que había de lograrse? nos atrevimos á interrumpir, preguntádo, á la venerable anciana.

—No les puedo precisar á Vds.—contestónos—porque, como quien sopla sobre unas brasas medio

apagadas, soplo yo sobre mis recuerdos de aquel tiempo... Lo que si puedo decirles, es que se hablaba de la división... ¡Vaya!... La división era el tema de todas las conversaciones, entre los hombres y entre las mujeres... Iba yo con mi madre á la Pescadería, unos malos cuartuchos donde hoy está el Teatro Nuevo, y seña María ¡como si la viera! pensando las sardinas con piedras, deciale: «Será verdad, señorita, que saldremos del poder de esos condenados chicharreros?»... ¡Ah!, ustedes no lo saben: nos hicieron sufrir mucho, muchísimo; se alegraron de que nos diezmara el cólera, y mandaron quitar los timones á los barcos.

Miren ustedes – nos decía, cobrando extraña animación el plácido semblante, --habrán ustedes observado que suele haber entre padres é hijos más cariño en la casa de los pobres... Sobre todo para la madre, que madruga, que guisa, que barre, que lava, que plancha, que atiende á todos sus hijos, suelen tener estos una ternura y una fidelidad constantes; no así, por regla general, en casa de los potentados. Los niños en manos de ayas, ó lejos del hogar, se crían y van siendo hombres con una frialdad marmórea en el corazón... Aquel lazo santo de unión á la madre del pobre que la ha tenido siempre á su lado, y por la cual, ya hombre, se desvive y se afana, suele no existir ó es muy débil en el hombre rico, criado en la opulencia y con el regalo...

Aquí tienen ustedes, mis amigos, lo que sucede hoy en Gran Canaria, y porque les digo que ya estos tiempos son otros tiempos y esta gente es otra gente... Ustedes son niños ricos y poderosos. Ese puerto, esa población, la luz eléctrica, el telégrafo, los plátanos, los tomates, la sobra, la abundancia... ¿Qué se les da de división, ni de opresión?... Para la gente de mi tiempo, no. La isla querida, que vimos poblarse en playas y en montañas de cruces que se clavaban donde enterrábamos á los muertos del cólera, era nuestra madre, pobre, pobrecita, persegui-

da por esa vil hermana, que se llama Tenerife, donde van hoy ¡quien me lo había de decir! á fraternizar nuestros nietos, renegando de su propia sangre... Nuestra isla, nuestra madre, nos alimentaba pensosamente con lo que daban sus campos, y la queríamos y éramos unos con ella, sentíamos con el alma sus alegrías y sus penas, y por eso había hombres patriotas, pudientes, desinteresados, como Don Cristóbal del Castillo, que embarcó casi enfermo para defenderla en Madrid y sacarla de las garras de Tenerife; y por eso, entonces, no se veía, como se vé hoy, y miren ustedes que los hombres nunca han sido ángeles, este espectáculo de envidias, de rencores, de venganzas que no se detienen ni ante el seno bendito de la madre.

Sí, amiguitos míos... Yo me voy pronto. Mis días están contados... A la verdad, no quisiera morir sin ver la división, que lograda ahora, será, no lo duden ustedes, á perpetuidad... Pero entiéndanme, verla—y la anciana se levantó de su asiento con magestad naturalísima—para llevármela en el alma, allá, á la eternidad, donde me esperan aquellos hijos nobles y de bendición de Gran Canaria... no para dejáros la aquí *porque no la merecéis*, seres ruines, descastados canarios...

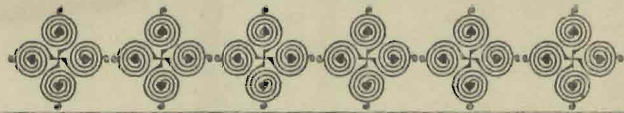
—¡¡Eh, madre abuela!! gritamos indignados....

No sabemos lo que hemos escrito, si ficción ó realidad, si sueño, si algo que nuestro espíritu ha recogido por esta población, en esas tertulias, en esas calles... Lo que si sabemos es que ya la luz del día se filtra por las ventanas de esta Redacción de «La Provincia», que sentimos el ruido sordo de la máquina, que hace la tirada, y que la nota de la efeméride, delante de nuestra vista, cuando nos disponíamos á emborrar estas cuartillas, reza así.. «10 de Julio de 1852. Se dicta el Real Decreto, á virtud de gestiones de los diputados canarios D. Cristobal del Castillo y

D. Jacinto León, suprimiendo el régimen de Aduanas en las Islas Canarias y estableciendo el de Puertos Francos. Estos esclarecidos patriotas, en Madrid, lograron una medida que fué la base eficaz del florecimiento posterior de la riqueza pública en el Archipiélago».

10-Julio-1911.





EL ESCULTOR CANARIO

LESSING EN ALEMANIA

Y LUJAN EN GRAN CANARIA

No hace muchas tardes que estudiaba en esa obra enciclopédica y monumental de Menéndez y Pelayo, que se rotula *Historia de las Ideas Estéticas en España*.

A los que no podemos, por mil motivos, conocer de primera mano las producciones artísticas, y adquirir, por el estudio directo de las fuentes, nociones del desarrollo y evolución de la Estética filosófica y aplicada, ninguna obra tan útil y admirable como la referida del polígrafo español.

A cuantos quieran saber algo de esa vastísima é inagotable materia, les recomiendo la lectura asidua de la *Historia de las Ideas Estéticas en España*.

En ella encontrarán un horizonte ilimitado de cultura y por ella sabrán lo que no podrían saber de otra manera en nuestro aislamiento y pobreza de ambiente intelectual, aparte que gustarán los encantos de una erudición sólida y amena.

Leía, digo, en el tomo cuarto la Estética en Alemania durante el siglo XVIII y llegué á los folios en que se transcriben las doctrinas críticas de Lessing en su obra el *Lacoonte ó de los límites de la pintura y de la poesía*, publicada en 1765.

Bajo el nombre de pintura, por ampliación, dado el común denominador de «artes plásticas» abarca Lessing, en la exposición de su doctrina, la escultura.

Después de combatir el estético alemán el falso aforismo, que aún goza de autoridad, de que «la poesía es pintura para el oído y la pintura poesía para los ojos», sentando las diferencias esenciales entre el arte bello de la palabra y el arte plástico, dice, según lo trasunta Menéndez y Pelayo, lo siguiente:

«De aquí nace la diferencia fundamental entre ambas artes; el pintor ó escultor aprisiona un momento único, *procurando que sea lo más fecundo posible*, es decir, que deje mucho campo abierto á la imaginación; que podamos siempre añadir algo por el pensamiento. Pues bien; este momento único *no debe ser nunca el del paroxismo del dolor* ó el de la extrema pasión, porque entonces, cortadas las alas de nuestra fantasía, sin poder subir ni un grado más, y persistiendo el mármol ó la tabla en su expresión inmóvil y eterna, el fenómeno fugitivo se trueca en fenómeno de duración perenne, y en cada segundo que pasa va perdiendo algo de su intensidad y de su eficacia, hasta convertirse en algo desapacible, ridículo ó ingrato.»

«Por eso los escultores del Lacoonte no presentaron al sacerdote troyano en actitud de gritar ó de gemir, porque el grito es de suyo algo fugitivo, algo que acompaña al punto extremo del dolor y de la angustia en ánimo varonil. Por eso Timomaco no presentó á Medea en el momento de degollar á sus hijos, sino en el momento de la indecisión y de la lucha, que abre perspectivas sin fin al pensamiento; ni representó tampoco al furibundo Ajax de Telamón

en el momento de su locura, cuando pasa á cuchillo los toros y los machos cabríos, sino después de la explosión del furor y del delirio, cuando, sentado en medio de sus víctimas, delibera matarse.»

«La verdadera razón que tiene el Lacoonte mármreo para no gritar, es la suprema ley de la belleza, que se aplica de distintos modos á las artes plásticas y á la poesía. El escultor, como todos los escultores griegos, buscaba la belleza posible en la figura humana, dadas las condiciones de la belleza física, y esta belleza no era compatible con las contracciones que arranca el dolor y que afean horriblemente la boca. No era lícito que la rabia ni la desesperación deshonrasen nunca las obras de las gracias, y todo, hasta la *expresión*, principal objeto del arte moderno, debía ceder entre los griegos ante la belleza. Por eso Timantes veló el rostro de Agamenón en el cuadro del sacrificio de Ifigenia, porque el dolor paternal del rey de reyes había de manifestarse por contracciones, que son siempre, y forzosamente feas».

*
* *

Luján Pérez nació en Guía en 9 de Mayo de 1756 y falleció en la misma ciudad, entonces villa, en Diciembre de 1815, á los cincuenta y nueve años.

Empezó su labor artística en 1781, á los veinte y cinco años, aquí, en la ciudad de Las Palmas.

En la calle de López Botas y en una casa terrera, tuvo su taller.

De allí salieron todas sus notables efigies.

No tengo noticias de que trabajara en Guía, fuera de los toscos ensayos en madera y barro que hizo en la niñez y de los diseños y dibujos en que se ocu-

pó en sus últimos días, cuando cruel enfermedad del pecho minaba su existencia.

Por la misma época, en que, allá, en Alemania, un Lessing asombraba al mundo intelectual con sus elucubraciones de la filosofía de lo bello, aquí, en esta roca, entonces en escasa comunicación con Europa, un hombre, sin más modelos que las esculturas, no del todo despreciables, que adornaban iglesias y monasterios, sin más guía que su intuición genial de la belleza, sin otros maestros que el pobre y oscuro Cristóbal Alfonso y más tarde el sabio arquitecto y prebendado Don Diego Nicolás Eduardo, que le perfeccionó en el dibujo, produjo obras escultóricas que no van en zaga de las más afamadas de nuestra madre patria, y entre ellas, ese Crucificado de la Sala Capitular de nuestra Basílica, joya del arte, de la cual, según Millares, dijo un viajero, «que solo le faltaba el polvo de los siglos para ser la admiración de los hombres».

Pero lo que me suscitó el recuerdo del escultor canario, cuando leía los trozos de Lessing que dejo transcritos, es la consideración de lo que puede y vale el sentido innato de la belleza, el buen gusto, que brota como por manera maravillosa en fuerza de espontánea, en los verdaderos genios del arte, siquier ayunos, como nuestro esclarecido Luján, de toda cultura teórica y de todo aprendizaje en obras de selectas escuelas.

Luján no supo lo que sabía Lessing. Luján no vió, ni en buenas estampas quizás, las obras de la sabia Grecia y del Renacimiento.

Luján solo vió, no sé si al tiempo de producir, ó ya produciendo, la notable efigie del Señor de la Columna, que vino de Madrid para los dominicos de esta ciudad y que aún se venera en la parroquia de Santo Domingo, y antes de empezar su fecunda labor, orgullo de nuestra isla, la escultura del Señor de la Columna de la Villa de la Orotava.

Y Luján, solo con estos elementos de cultura ar-

tística y el dibujo en que le amaestró el señor Eduardo, vió, sin nubes ni atenuaciones, y trasladó, luego, á sus efigies de madera, el ideal de armonía entre la estatuaría griega, severa, correcta, magestuosa, de líneas purísimas y de contornos delicados y la *expresión* de las esculturas que importó en el templo del arte la escuela bizantina.

Todas, todas las obras escultóricas de Luján ofrecen el sello del gusto clásico y de la unción religiosa de aquellas Vírgenes y aquellos Cristos espiritualísimos de la escuela bizantina, de que son ricos ejemplares, en la estatuaría religiosa de Las Palmas, el Señor de la Humildad y Paciencia que se venera en la parroquia de San Francisco y la imagen de nuestra Señora de la Portería, consuelo y devoción de las madres canarias, que se venera en la misma parroquia.

Y todas, todas las obras del cincel de Luján, distingúense por un pulcro sentido de belleza, á la par religiosa y profana, por una sabia ponderación de la expresión nobilísima, ideal, de iluminación divina, con el culto irreprochable de las formas, de los rasgos físicos, de la estética de la carne, de los miembros y de las facciones.

Son, en el sentido artístico, las efigies más paganas de Lujan, la Virgen de las Mercedes de Guía, la Asunción ó Nuestra Señora de la Antigua de la Catedral y la Virgen del Carmen de San Agustín. Aun la misma celebrada Dolorosa de la Catedral dista en espiritualismo religioso de la Virgen de los Dolores de Santo Domingo del mismo autor.

Con todo, en esas efigies, en la de las Mercedes, realzando aquella serena y reposada magestad, en la Asunción, dominando el aire de triunfo que parece robado de una estatua griega, en la Virgen del Carmen, santificando aquella encarnadura fresca y turgente, y en la Dolorosa de la Catedral, sublimando la expresión más alta del dolor humano, está la inspiración celestial del genio cristiano, esa

nota divina, que no resplandece en las creaciones del cincel más afamado del mundo anterior al Calvario.

Tal vez, ó sin tal vez, el estudio de ejecución, harto nimio en detalles y pormenores, como se observa en el Crucificado de la Sala Capitular, el colorido harto vivo, quizás un poco disonante, recalcado más bien, de las efigies de Luján, les dán el carácter de barroquismo que alguien ha advertido en ellas.

Pero si es así, si solo la cargazón innecesaria, nota distintiva de todo barroquismo, sea en pintura, en escultura, en arquitectura, y hasta en las bellas letras, es el defecto saliente de la estatuaria religiosa de Luján, de sobra queda purificado, en el orden de la ejecución técnica por el primor y la elegancia de imitación estética de la naturaleza, y en el orden más elevado y noble de la inspiración, por aquello, que hemos visto que decía Lessing, por *aprisionar un momento único, el más fecundo posible*, el que deja campo abierto á la imaginación, para que podamos siempre añadir algo con el pensamiento.

Si el gran estético alemán hubiera conocido las dos efigies, que salen en las procesiones de estos días en esta ciudad, el admirable Señor del Huerto de San Francisco y el no menos admirable Señor de la Caída de Santo Domingo, que constituye, éste, con el Cirineo, un grupo soberanamente artístico, no vacilara, á buen seguro, en presentarlas, como modelos de inspiración altísima, como dechados de estatuaria religiosa.

¡Cuanto y cuanto no hablan al alma, abriéndolo en ella raudales de purísimo deléite estético y de tierna piedad, esas dos efigies venerandas!

El evangelista helénico, San Lucas, con más sentido artístico que los otros sinópticos, al relatarnos las dolorosas agonías de Getsemaní, nos dice:

«Y enseguida se apartó de ellos (los apóstoles) á distancia de un tiro de piedra, y habiéndose puesto de rodillas, hizo esta oración: Padre mío, si queréis, apartad de mí este cáliz; sin embargo, no se haga mi voluntad sino la vuestra. Apareciósele entonces un ángel venido del cielo que le fortificó».

Ni pegando el rostro contra el suelo, como escribe San Mateo, ni increpando amorosamente á los apóstoles dormidos, ni en la mortal congoja del sudor de sangre, fases de aquella escena de mortal desfallecimiento, quizás más humanamente triste que el sacrificio del Calvario, quiso perpetuar Luján escultóricamente este pasaje de la Pasión.

Pegado el rostro en tierra, sobre la fealdad material de la actitud, hubiera sobrevenido, sean los que hubiesen sido los primores de ejecución, una impresión ingrata, que habría hecho inaceptable la efigie.

La situación de imprecicar hubiera sido limitativa de todo efecto estético y religioso.

El sudor de sangre, que supone un extremo de abatimiento cruel y desesperado, hubiera hecho de la efigie del Señor del Huerto uno de esos Cristos sanguinolentos que riñen con todo buen gusto y aun con todo espíritu de piedad.

Luján escogió el momento más fecundo, artísticamente hablando, y también religiosamente, el momento en que la agonía del sacrificio que iba Cristo á realizar para la salvación del mundo, amargo cáliz que pedía al Padre que apartase de sus labios, se anegaba en los placeres de una aceptación advenida desde lo alto, resultando así el misterioso consorcio de la flaqueza humana, que se resiste, con la virtud divina, que arrolla todo obstáculo.

Cristo, de rodillas, con las manos enlazadas en señal de sumisión al mandato divino, con la cabeza dulcemente erguida, y el rostro, donde el dolor ha

dejado tímidamente su huella, iluminado por la luz de una mirada de ternura y plácida melancolía, ante la aparición del ángel de fortaleza, es toda la oración memorable de Getsemaní, la oración de las tristezas que llevaba empapada el alma hasta la muerte, la oración del sacrificio cruento de la Cruz, á la vez redención del mundo y eterno anatema de los culpables, la oración del agotamiento de la fuerza humana ante una prueba que excede á toda energía, que sintió la humanidad de Cristo como la humanidad perecedera y frágil, la oración que produjo aquel trastorno orgánico del sudor de sangre, especie de tortura inexplicable, sobrevenida no obstante los alientos del espíritu divino, que fué antes que todas las cosas creadas, la oración, en fin, después de la cual, y pasada la crisis que hubiera hecho naufragar á un hombre, que, á la vez, no fuera Dios; empezó la epopeya sublime de aquella pasión que acabó entre las hieles de mofa del Calvario y el grito formidable del centurión, cuyo eco no desvanecerán los siglos...
VERDADERAMENTE ESTE ERA EL HIJO DE DIOS.

Al pié de esa santa imagen del Señor del Huerto, que guarda, como tesoro inestimable, la parroquia de San Francisco, á la par que sentimos el hechizo de la belleza plástica con la misma intensidad que si estuviéramos en presencia de la obra más acabada del cincel, percibimos el despertar de nuestros sentimientos religiosos incubados desde la edad de la inocencia, firmes y palpitantes siempre en el fondo del alma, á despecho de los embates del excepticismo que nos hiela en el curso de la vida; y al recordar los días de fé sencilla y pura, los días de nuestra niñez en esta Semana Santa de Las Palmas, austera y meridional, de tristezas, de luces, de fúnebres acordes y de colores, allí, en la mirada divina, poseída de tristeza infinita, donde centellea la esperanza, prenda de toda fortaleza, qué se vuelve *al ángel venido del cielo*, hallamos no se qué de nuevos fulgores de alba, que ahuyentan tinieblas, disipan sombras,

matan pesares, y borran desengaños; y creemos oír una voz potente de resurrección, como la que oyó Lázaro, que nos llama á la vida superior y desinteresada de la práctica de las virtudes cristianas.

Pudo Luján Pérez no llegar á las grandezas de un Praxiteles al cincelar el Cristo de la Sala Capitular, ni á las austeridades de alma de aquel gran Montañez de nuestra España en ese Señor de la Caída de Santo Domingo, que descansa y como que se ampara al mismo madero, símbolo de todas las culpas que iba á lavar con su sangre, ni á las gracias de un Fidias en aquella Virgen de las Mercedes de Guía, que es como un idilio de amor, de ternura, de encanto.

Pero darnos, en la actitud sencillamente humilde del Señor del Huerto que describe San Lúcas, en ese instante fugitivo de las inenarrables escenas de la Pasión, el momento *más fecundo posible*, que preconizó el crítico alemán, ó sea todo el poema de la Redención del género humano, creo que solo Luján Pérez lo ha conseguido... Por lo menos así lo vé mi admiración sincera de hijo de Gran Canaria.

17 de Marzo de 1913.





PÁGINA EVANGÉLICA

GLORIA IN EXCELSIS DEO

1—Y aconteció en aquellos días, que salió un edicto de Cesar Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo.

2—Este primer empadronamiento fué hecho por Cyrino, Gobernador de la Siria.

3—E iban todos á empadronarse, cada uno á su ciudad.

4—Y subió también Joseph de Galilea de la ciudad de Nazaret, á Judea, á la ciudad de David que se llama Bethlehem, porque era de la casa y familia de David.

5—Para empadronarse con su esposa María, que estaba preñada.

6—Y estando allí, aconteció que se cumplieron los días en que había de parir.

7—Y parió á su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

8—Y había unos pastores en aquella comarca, que estaban velando, y guardando las velas de la noche sobre su ganado.

9—Y he aquí se puso junto á ellos un ángel del

Señor, y la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuvieron grande temor.

10—Y les dijo el ángel: No temáis porque he aquí os anuncio un grande gozo, que será á todo el pueblo.

11—Que hoy os es nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.

12—Y esta será la señal: Hallaréis un niño envuelto en pañales y echado en un pesebre.

13—Y súbitamente apareció con el ángel una tropa numerosa de la milicia celestial que alababan á Dios y decían:

14—Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

15—Y aconteció, que luego que los ángeles se retiraron de ellos al cielo, los pastores se decían los unos á los otros: Pasemos hasta Bethlehem y veamos esto, que ha acontecido, lo cual el Señor nos ha mostrado.

16—Y fueron apresurados, y hallaron á María y Joseph, y al niño echado en el pesebre.

17—Y cuando esto vieron, entendieron lo que se les había dicho acerca de aquel niño.

18—Y todos los que lo oyeron se maravillaron; y también de lo que les habían referido los pastores.

19—Mas María guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazón.



Tal es el relato, sencillo como una apuntación y sublime como un destello de los Cielos, que trazó la pluma helénica de San Lúcas.

Ni San Mateo, que escribió, viva aún la Sinagoga, coordinando sus recuerdos de festigo presencial de la vida de Jesús, ni San Marcos, el Secretario de San Pedro, que nos trasmitió la predicación en Ro-

ma del padre de los fieles, describen la escena de la gruta de Belén.

Diríase que quiso Dios que esa página del nacimiento de su Unigénito, á la vez natural como un acaecimiento cualquiera, y sobrenatural, porque sobrenatural fué la venida de Dios al mundo, quedara para el evangelista que había de trasmitir á la posteridad, no sólo el gérmen del dogma, y el principio inmutable de la moral, sino el cuadro animado y vivo, narración henchida de poesía, dentro de los moldes de la sencillez clásica, del acontecimiento más grande de la Historia.

Quando leo de San Lúcas si, á más de médico, según el testimonio de San Pablo, fué pintor de lienzo y pincel, con todas las razones que hay para no creerlo, pienso que la disputa, dada la inseguridad de datos, es sencillamente baladí.

No sé griego ni latín y estoy privado del purísimo deléite de gustar á los clásicos en su lengua propia. Los conozco, de segunda, sino de tercera mano, y el *Evangelio de San Lúcas* en su versión del latín.

No debe ser tan esencial á la lengua el sello de inimitable sencillez de los griegos, de los latinos y de San Lúcas, porque, leyendo las narraciones de su texto evangélico, hallo el sabor pronunciado de un Herodoto, de un Tucídides y de un Tácito.

San Lúcas escribe con pasmosa precisión lapidaria... Leed, con detenimiento, el pasaje del gran misterio del día, y decidme si puede darse, en cuatro trazos, casi en los términos compendiosos de un apólogo, mayor fuerza de realidad y vida, como si viéramos la escena, «y parió á su hijo primogénito y lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre» y más verdad artística, aparte la fé, como ese mensaje de los ángeles á los pastores «que hoy os es nacido el Salvador que es el Cristo Señor, en la ciudad de David», y efecto de sublimidad comparable al de la tropa angélica, venida de súbito, cantando el himno

de gozo «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad».

De los libros bíblicos, en general, decía Enrique Heine, que están escritos con una sencillez que estremece. Y de San Lucas, en especial, mi evangelista favorito, artísticamente considerado, puede decirse que es tal su sabia sencillez que se plega á todos los tonos y despierta en el corazón todos los afectos.

Conmueve suavemente si nos cuenta el episodio de Belén. Enternece, y hace llegar las lágrimas á los ojos, cuando nos relata la escena del anciano Simeón en el templo. Y como ningún otro evangelista remueve los senos del alma y nos hace sentir la magnitud humana del drama de la Pasión... Aquí su pluma pinta grandiosos lienzos y esculpe pentélicas estatuas.

24-Diciembre-1912.





“EL VIAJE DE LA VIDA”

UN LIBRO

TUVE ayer, al despertar, una impresión gratísima. Me entregaron un ejemplar primorosamente editado, del nuevo libro de González Díaz, *El viaje de la Vida*. Me lo dedica con expresivas frases el ilustre literato, viejo camarada de la infancia.

Un libro en Las Palmas y de la pluma maestra de Paco González, como me place decirle, porque así le llamaba en las aulas del Colegio de San Agustín, y soy de los que tienen su niñez á flor de alma, es algo insólito, extraordinario y consolador...

El lo recordará.

Lector asiduo yo de sus pequeñas crónicas, flores de esquisita intelectualidad en las páginas, por lo común, desabridas, cuando no pedestres, de la prensa local, sentía que se quedarán en la obscuridad de las colecciones, debiendo enriquecer, en elegantes volúmenes, la colección de obras de la Literatura contemporánea, y una tarde, en los jardines del Palacio Regental, donde se celebraba una fiesta, hablando con él, le animé á emprender la tarea.

No he tenido tiempo de leer una página. Dirijo y escribo á diario en *La Provincia*. La confección del periódico me roba las horas de la tarde, en que empiezo á vivir, y toda la noche. Nadie puede imaginarse lo que es esta labor entre nosotros, con pobreza, á veces desesperante, de elementos de ayuda é información. Es una verdadera esclavitud.


No puedo leer, sino á saltos, sin tranquilidad, interrumpiendo, á lo mejor, por cualquiera de las mil minucias á que tiene aquí que atender el director de un diario. Así acabo de leer las interesantísimas y hermosas «Memorias» recién publicadas, y mal traducidas al castellano, por cierto, de Flammarión.

He de leer, como pueda, y saborearé el libro de mi amigo, honor y prez de nuestras letras canarias, Paco González. El índice me parece un menú de succulento ágape. Poco á poco gustaré la prosa del escritor, siempre henchida de bellezas de estilo, y sabiendo al agridulce del níspero.

Podré, entonces, escribir lisa y llanamente mis impresiones... Mientras tanto me congratulo de este nuevo acontecimiento de nuestras letras regionales, y no una fría enhorabuena, sino un cariñoso abrazo, un abrazo del alma, envío al autor, mi antiguo amigo y compañero.

13-October-1913.





“EL VIAJE DE LA VIDA”

LEYENDO Y COMENTANDO

I

DIJE que el índice del libro de González Díaz, *El viaje de la Vida*, me parecía un menú de succulento ágape.

Me he sentado ya á la mesa.

Van desfilando, unos tras otros, los platos. De todos he probado...

Hasta ahora, y voy á la mitad del festín, ó sea promediando la lectura del libro, todos me han sabido, unos más y otros menos.

Es tarea, que me he impuesto en satisfacción de un deber de justicia, acerca del cual hablaré más tarde, ir consignando y publicando mis comentarios, los que me sugieran algunos capítulos, sin pretensiones doctorales, con la sencilla franqueza del comensal que comunica á otro comensal sus impresiones.

«Se acabaron el cuento, el viaje y la vida», dice González Díaz después de haber trazado, con rasgos de bella concisión, cualidad de estilo, que por sí sola es un elemento estético, el cuento del viajero seducido

por el Amor, desesperado por el Desengaño, abrumado á la sombra de la Cruz, símbolo del Dolor, y horrorizado por la Muerte, término del viaje, en el cual, digámoslo con sus palabras,... «nuevamente sonrió, prometió, bendijo» y exclamó... «Llévame contigo».

Este esquema de la vida humana, expuesto en forma parabólica, vale por toda la obra... Es como el excitante ajeno, que abre de par en par el apetito... ¿Quién, al leerlo y gustarlo, no dobla con interés la hoja y sigue leyendo?

Porque el símbolo, contenido del cuento, cuya idea será vieja, pero cuya concepción en la mente del escritor canario es hermosísima, como «la sonrisa, la promesa, la bendición» con que empieza su jornada el viajero, nos ofrece la perspectiva de los hondos arcanos de la vida humana, y ya pensamos que, al coleccionar sus trabajos el autor, con el común denominador de *El viaje de la Vida*, es porque en ellos palpitan las notas del Amor, dulcísimas, derrama sus hieles el Desengaño, punza y hiere el Dolor, y sonríe, al fin, pese á las «cuencas vacías», el rostro de la pálida Muerte.

¿Habrás acertado González Díaz?... El cuento simbólico es presagio feliz de ello. Factura más bella y acabada no ha salido de pluma humana. Es una joya... Pero, ¡que triste decirlo! no son todos los que saben estimarla. Requiere la apreciación de estos trabajos el conocimiento de las dificultades de ejecución.

Encerrar el cuento del viajero en una página, que se abarca de una ojeada, y que dá, desde el primer momento, la sensación de un cuadro, á la vez, sóbrio de colorido y de relieves plásticos, acabado, completo, definitivo, no es labor asequible á todos los escritores.

Así lo siento y así lo declaro.

Hora es ya de que reparemos en lo que tenemos de puertas adentro, y de que, sin exageraciones de

adulación, que siempre dañan, pero con el ánimo dispuesto en son de justicia y de cariñosa benevolencia, que justicia es también, alentemos la labor nobilísima de los que cultivan en este árido desierto las disciplinas del entendimiento y de la sensibilidad, la ciencia y el arte en todas sus manifestaciones.

Y si los que aquí á ello nos dedicamos no lo hacemos... ¿quienes lo harán?... Por mi parte, y en lo que alcancen mis pobres medios, pienso utilizar el periódico que dirijo en esta obra de cultura y de justicia... No cejaré en ello, y proseguiré, alternando con otros trabajos, en la exposición de mis personales juicios acerca de la obra última del ilustre literato canario.

II

El sueño de una noche de invierno es un viaje y una revista. Se duerme el autor «envuelto en la tristeza como en una gran mortaja». Sueña con un nuevo Caronte, que se le presenta, le toma de la diestra y le lleva «á una extraña ciudad, llena de horripilantes maravillas».

Todo lo que Gracián, en pletóricos capítulos, hace desfilar á los ojos de Andrenio y Critilo, lo presenta quintesenciado, González Díaz, en el borneo breve por una ciudad de fango y en el rápido desenvolvimiento de una pesadilla.

En cuanto á la ejecución del cuadro, en forma, á veces dialogada, á veces narrativa, con toques de sóbria descripción, no es posible pedir más, ni hay escritor que lo haga mejor. González Díaz ha logrado vigorizar el estilo, podándolo sabiamente de toda exhuberancia verbalista.

Pero vamos al fondo del trabajo, que me parece de una ingeniosidad delicada y de una suprema ironía. He leído y he releído á Enrique Heine, en traduccio-

nes, sino buenas, lo suficientemente fieles para poner al trasluz aquella filosofía agria y punzante, en que fué inimitable maestro, y por él tan sabido, que, á sí mismo se proclamó el rey de la ironía.

Algo hay en el *Sueño de una noche de invierno* de heiniano puro, la ironía en que se envuelve y que lo informa, y algo de otro maestro de la ironía, también, de Baltasar Gracián, aquel jesuita aragonés, que nos descubrieron, y señalaron à la admiración, los hispanófilos alemanes. Es el acierto del símbolo, la elegancia del símil, la exactitud de la comparación.

En la «fauna humana», producto de «un proceso degenerativo», cuida González Díaz de eliminar toda idea de un rasgo simpático y noble. Y de una plumada caracteriza á los habitantes de la ciudad del fango... La plumada es negativa: «En vano buscaríais—dice—la guedeja imperial del león; en vano, también, la candidez de la paloma, que parece un copo de espuma dotado de alas». Vale más, á mi juicio, este rasgo que el ligeramente afirmativo que subsigue, para completar la idea: «... por donde quierá abanicaban el aire innumerables orejas asnales...»

Y empieza la revista, y empieza, á su vez, el lector à reconocer á los ciudadanos de la ciudad del fango. Y ved aquí la delicadeza profunda de la ironía. González Díaz, con los ojos abiertos, finge que duerme, y resultará, al final del viaje, después de rendir un aplauso al sepulturero, «la única persona seria» «por su providencial misión de enterrar tanta podredumbre y tanta ridiculez», que, dormido de veras, sueña que está despierto... Le besa un rayo de luz... de la patria ideal, amadísima... ¡pero ausente!

El destenguado, que es un miserable, pero que se venga de serlo, hablando malísimamente de los demás, lo tropezamos al acaso.

El que dejó caer la conciencia, y no se ha cuidado de recogerla porque le embarga el tomar el dinero ajeno: con este no se tropezará al acaso porque es

quien gobierna la ciudad del fango y está por sus obras presente en todas partes.

¡Los que se arrastran! No me perdonaría dejar de copiar íntegras estas líneas: «Son la inmensa legión de los serviles, rodean al amo y se enronquecen de tanto gritarle... «¡Vivan las caenas! ¡Muera la nación!!» Más allá verás al «amo mismo, ser ridículo y siniestro, costal de ruindades y de tonterías (lapidario, González Díaz). En su derredor repliéganse las manadas.»

«Los pavos agitan su moco, los monos extremejan sus gesticulaciones, los carneros inclinan al suelo su inofensiva cornamenta. No te empeñes en buscar la guejeja imperial del león».

¡Admirabilísimo! Es un aspecto de la vida, la ciudadanía de la urbe del fango, el fango mismo, que nos rodea, nos asquea y nos asfixia... ¡La guejeja imperial del león!... ¡Ni soñada!... ¡Un pueblo que vive á placer en el envilecimiento y un amo que goza en envilecerle más! ¡Horrible pugilato de maldad!... Bien hecho, bien hecho, el figurar esta horrible realidad como un engendro de pesadilla.

Y continúa el desfile. Pasan el asesino, que no ha vertido sangre, «más infame que Tropman»; el que busca «un sendero recto en medio de tantas sendas torcidas», expresión que parece esculpida; el ventripotente del almacén ¡oh ciudadano de oro!; ¡la «media vírgen»; y los médicos empedernidos con los abogados de la baja industria y del corriente «chantaje»; el que alardea de llevar la opinión ¡imbécil periodista! con el inflado literato, ayuno de Estética y sobrado de pretensiones; el aristócrata, que fué parido, no conoció otra sal que la del bautismo, y acaba por ser declarado pródigo.

.

Me ocurre una pregunta... ¿Porqué González Díaz inauguró la serie de sus cuadros de *El Viaje de la Vida* con la ciudad del fango, que no quiso pintar

sino en sueños, poniéndola, siendo, como es, tan amargamente real, en la quimera de la pesadilla, y no escogió, que los tiene bellísimos, como veremos, uno de los cuadros bendecidos por el Amor?

El lo sabrá.

Pero yo pienso que el final de *El sueño de una noche de invierno*, es de un alto y consolador simbolismo.

Dice:

«Desperté».

«Todo había sido un sueño vano».

«Bésame, bésame, rayo de luz, que me traes la pureza del Cielo, en mi patria libre, honrada y feliz».

Aquella, la ciudad del fango es la realidad... Esta patria es el ensueño... El viaje de la vida sería un suplicio sin la luz que baja del Cielo... Idea que es una flor del huerto de Cristo.

III

Después de la revista de la ciudad del fango, que obliga á volver, para consuelo, los ojos á la luz de lo alto, González Díaz resucita á Don Quijote y á Sancho y les hace entablar un coloquio póstumo.

Se titula el cuadro *Ultimo coloquio entre Don Quijote y Sancho*.

Si al cerrar la obra de Cervantes queda el ánimo contristado, y suenan, para no olvidarse jamás, aquellas palabras de infinita melancolía «ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño» que dijo el esforzado caballero en su lecho de muerte, la lectura del último coloquio, sostenido en los albores del siglo XX, desespera y abate.

Don Quijote y Sancho nada tienen que hacer hoy en el mundo... «Después del ensueño malogrado—dice aquél—el buen sueño sin despertar». «Si acaso tu te despiertas—añade, dirigiéndose á Sancho—rué-

gote que no me despiertes». Y más adelante, como irrevocable testamento: «Durmamos, Sancho bueno, pensando en la remota edad de oro, y en el posible advenimiento de la Justicia, esa «Dulcinea» de los tiempos».

¿No es verdad, lector, y te remito al libro de González Díaz, para que lo compruebes, que deja la conclusión de este coloquio una impresión glacial en el alma?

Don Quijote se yergue sobre su sagrada sepultura, más tétrico, que, envuelto en blanco lienzo, cuando le acaeció la aventura de la dueña en casa de los Duques, despierta á Sancho, y le traza, en cuatro pinceladas, el espectáculo actual del mundo.

Cada vez estoy más enamorado de la difícil y elegante concisión con que narra, describe ó expone González Díaz. El se educó, como yo me eduqué, en los tiempos de un desenfrenado verbalismo. Periodistas y escritores eran hinchados, ampulosos, amplificadores. Había, claro es, en las plumas sobresalientes, bellezas de estilo. Pero el estilo, en sí, á no dudarlo, por antinatural y afectado, estaba condenado á irremediable muerte. En esto del estilo estimo palabra definitiva la de Menéndez y Pelayo: «el mejor estilo es no tenerlo». El escribía, en los años de plenitud de sus portentosas facultades, con una sencillez encantadora.

Oid á D. Quijote.

No hay caballerías ni caballeros; se han multiplicado por la redondez de la tierra los malandrines y follones; la justicia y el honor, torcidos sus conceptos, sufren eclipse; las ventas ya no parecen castillos, sino los casillos ventas; en fin, el mundo de hoy día no es caballeresco ni heróico, sino prosáico y pedestre.

¡Qué se yo! Me parece que ni en la alta alcornia espiritual de D. Quijote, el caballero del ideal, ni en el prosaismo sórdido del mundo, que se ofrece, tal como es, á los ojos del sublime manchego, encajan la

resolución del sueño eterno á que se condena y el gesto resignadamente fatalista del «posible advenimiento de la Justicia».

Después del contacto impuro con los ciudadanos de la urbe del fango, González Díaz señala al Cielo, de donde desciende aquel rayo, al cual grita con ansia «bésame, bésame»... ¿Cómo, si alienta en su alma un átomo de fé, la gran virtud, la soberana virtud, obliga á Don Quijote, porque ya los castillos en el mundo son los que parecen ventas, y no las ventas castillos, á volver grupas al peligro y á hundirse de nuevo en su huesa?

Yo lo explicaré, diciéndolo según me lo figuro. Y me da la idea de esta explicación el poeta-filósofo de Gran Canaria, cuando pone en labios de D. Quijote, hablando de lo trocado y torcido de los conceptos de justicia y honor, «no me sería dado, pobre hombre que soy, rectificarlos ni enderezarlos».

Ha sido un momento de invencible desmayo.

González Díaz, que viene haciendo entre nosotros una obra quijotesca, y que persevera en ella, al sentir el escozor de la injusticia, en que es tan pródiga esta sociedad, no puede menos de maldecir, como maldice el hombre culto, sin aspavientos ni imprecaciones, confesando sencillamente su desánimo.

Un hombre como González Díaz, que vive una vida intelectual intensa y fecunda; que, á diario casi, hace muchos años, desde su adolescencia, escribe en la prensa local; que hace en sus columnas labor pedagógica, con frutos y flores, aquellos sazonados y estas bellísimas; que tiene derecho á ver atendida su tarea por los intelectuales; para un momento, echa una ojeada en derredor, y se vé solo, aislado, sin el calor y la caricia que estimulan... ¿No es este medio desolador bastante para secar la fuente de todo generoso entusiasmo?

Por esto, y solo por esto, ha podido el autor de *El viaje de la vida* declarar irredimible el mundo, é inútiles, por lo tanto, las luchas quijotescas del espí-

ritu. Por esto, y solo por esto, evoca á D. Quijote en un nuevo coloquio con Sancho, y no obstante el esfuerzo inmortal de aquel seco y fornido brazo, le hace dormir para siempre en el lecho de piedra del olvido... «Durmamos, Sancho bueno».

Aplaudo el cuadro y me explico el coloquio.... Dan ganas en Gran Canaria, de decir: «Después del ensueño malogrado, el buen sueño sin despertar»... No estamos en tierra que despide al que emprende el viaje eterno con la plegaria del recuerdo de sus obras intelectuales ó morales, sino con la vil salmodia de «testó... tantos miles de duros»... ¡Ah!... ¡Oh!... Somos los herederos de aquellos antepasados que llamaban al hombre de letras «un cagatintas».

IV

En el festin literario del libro de González Díaz hay de todo, como en la vida, cuyo viaje atinadamente se bosqueja. Y hasta parece que se entreverán los manjares para procurar variedad al gusto y placer á la lectura. Así, después de aquellas hondas concepciones, que, á la ligera, hemos estudiado en el *Viaje de la vida*, en el *Sueño de una noche de invierno* y en el *Ultimo coloquio entre Don Quijote y Sancho*, vienen las graciosas y áticas elegancias de *Un drama regional* y *El buen humor del tirano*.

No he de pararme mucho en ellas. Son, en la sucesión de los cuadros de miga psicológica, en que abunda el libro, algo así como entremeses, que entretienen el apetito, dándole descanso, antes de llegar á cosa de mayor sustancia.

Y esto es lo que más me atrae y seduce.

Sin embargo, antes de pararme á considerar el hermoso poema, que se titula *Abuelito*, recomiendo la lectura de *Un drama regional*. Sobre ser una filigrana de estilo, es un dechado de crítica amena y

delicadamente burlona. Recuerda mucho, por su factura, aquel inmortal diálogo de Larra «Quiero ser cómico»...

Y *El buen humor del tirano*, completo retrato de aquel dictadorzuelo de la República Argentina, que se llamó Manuel Rosas, tiene la salsa trágica de las orgías de los Neronos del Imperio Romano... Después de azotado por mandato de Rosas un pobre diablo, que no acertaba á decir sino «galleju» por gallego, mandó el tirano que le pusieran en carne viva sobre un hormiguero, y termina el cuento de la hazaña González Díaz, diciendo... «Y siguió riendo como un bendito»... Bien dicho; la risa es lo que más pone de manifiesto la negrura de conciencia en el mónstruo humano.

Y héteme ya frente al *¡Abuelito!* Lo he leído, releído y no me cansaría nunca de leerlo. Se trata de un breve poema, de un boceto literario, que apenas coge dos páginas. No obstante ¡cuantas y cuantas bellezas atesora!

Es un anciano que va á morir, que se halla en el dintel misterioso de la eternidad, y al cual, digámoslo con las palabras del autor, «una voz argentina, insegura, hace entreabrir el Cielo, con este grito delicioso y esta divina palabra—¡Abuelito!».

González Díaz, verdaderamente inspirado, buceando en los senos hondos del espíritu, ilumina la escena tenebrosa de la existencia del moribundo en ese momento, en que, al despedirse de la tierra, siente renacer en su ser toda la vida pasada. Nada más delicado, y expresado bellísimamente, para significar lo que es esa resurrección cuando se está al borde del sepulcro, que este símil: «es un gran cuadro antiguo, con las figuras intactas, pero con los contornos borrosos, descolorido y gastado. Un cuadro lívido con la espantosa lividez de la muerte».

¡Poder maravilloso de la clarividencia artística! Ir trazando, rasgo á rasgo, las evocaciones del panorama de la vida, desde la niñez, y así lo hace Gon-

zález Díaz, con pinceladas vigorosas y exactas, para dar, en un momento, como foco brillante, donde se concentran todos los rayos luminosos, en sensación breve, completa, acabada, el paisaje total, que impresiona fuertemente la retina.

Y es, como ya dije, el ¡Abuelito! un poema... ¿Qué más poemático que el *resurrexit* del vivir en la hora extrema de abandonar la vida?... ¿Que más poemático que los «recuerdos que se deshacen en interior lluvia de lágrimas», esa *liquidación* de la vida en llanto? ¿Que más poemático que la divina palabra ¡abuelito!, última que oyen los oídos del anciano?

No hay nada más venerable y santo que la vejez. La figura encorvada, seca, denegrida madera que arroja á la playa el mar de la vida, tiene algo de la bendición de Dios, y si se enlazan en una cifra sobre las fauces del sepulcro, como lo hace González Díaz, el pelo cano del invierno del vivir con los rizos lustrosos del niño, angel que baja del Cielo para peregrinar por el mundo, siendo esa cifra la palabra ¡abuelito!, la bendición de Dios cae sobre nuestras almas como purísimo rocío.

¡Abuelito!... Sí, la palabra sola es un símbolo, la vida en su constante renovación, en su perpétuo florecer, la semilla que da el tallo, el tallo que se viste de hojas, las hojas que se engalanan de flores, las flores que dan el fruto, el fruto que deposita en tierra la simiente... para empezar de nuevo.

¡Abuelito! dijo el niño en los oídos del anciano, esto es, soy de tí, vengo de tí, y como tú continuaré la labor de la vida... Lo oyó, en el crepúsculo de la existencia el abuelo, y todo, todo recuerdo de tormento, toda ráfaga de tristeza, toda melancolía, toda lágrima, se disiparon... Se entreabrió el Cielo.

¡Oh gozo supremo é inefable!... Los pétalos secos se deshacen, caen sobre el surco, fertilizan la semilla. Lleva la muerte en su misterioso vehículo el pólen de nueva vida... Se duerme el viejecito para

siempre, saludando á la Eternidad, asido de manos al Tiempo... Se va y se queda... ¡Abuelito!

¿No ha escrito González Díaz un poema? Pocas páginas he leído tan reconcentradamente inspiradas como estas que casi se leen de una simple ojeada... Es el poema más grande de amor, porque canta, en ese momento del anciano agonizante, toda la ternura inmensa de una creación... Es el amor purificado, el amor que tiene su fin en sí mismo, el amor que se recrea en su propia obra, un reflejo en la tierra de la eterna luz de los cielos.

Amor, solo amor, predicó el que era el Amor mismo, el Unigénito del Padre... «Amos siempre los unos á los otros» repetía, sin cansarse, en las horas del ocaso de su vida, aquel sublime anciano que, siendo casi niño, bebió la fuente del amor sobre el pecho de Cristo.

V

La lectura de *Bajo la navaja*, divertido coloquio de González Díaz con su barbero, mientras le rasura, me ha hecho recordar un pasaje graciosísimo, histórico.

Sucedió en un banquete que se dió aquí, en Las Palmas, al Gobernador Civil, Sr. Comenge, hombre de ingenio y travesura.... Habló Comenge, brindando, de Aristóteles. Un comensal, de nuestro comercio, le preguntó á otro del gremio, que tenía á su lado:

—Dime, Aristóteles es de Tenerife ó de aquí?

—No sé.

—Pero, con seguridad, debe de ser comerciante.

—No digan boberías;—dijo un tercero,—es un filósofo.

—Vayaaa...

Este «vaya», arrastrado, vale un Perú, amigo

González Díaz y tiene más miga que las interrogaciones curiosas de tu barbero.

Y paso por alto el boceto *Tonticópolis*, la ciudad de los tontos... Ese rey que se destronó á sí mismo, comiéndose el cetro de confitería, rompiendo la corona de papel, y cayéndose del trono de cartón, exacto símbolo de aquella sociedad de memos, locos y tontilocos, me resulta demasiado deplorable... Prefiero al más perverso de los habitantes de la ciudad del fango .. Contra la maldad puede la lanza que embistió á follones y malandrines. Contra el tonti-loco, en su copiosa variedad, no hay más que volver las espaldas.

Y no quiero releer el capítulo por miedo á que me sugiera más de lo que asaltó mi magín á la primera lectura. No quiero verter en el papel algo de la bilis que nos revuelve este medio social, mezcla horrible de ciudad de fango y de descendientes de Tartarín... *Vade retro*... No quiero.

Me llama *Guerra y Paz*, con sus ocho cortísimos párrafos, donde ha hecho el autor del libro una alegoría en prodigiosa miniatura.

¿Recuerdas, amigo González Díaz, los barcos pequeñísimos, delicadas monadas, que hacía el finado D. Norberto Quintana? Eran, en verdad, admirabilísimos. Cabían en un pequeño estuche de cristal... ¡Había que verlos! Fragatas, bergantines, goletas, tenían todo, en una ejecución, á la vez pacienzuda y artística, de pequeños, casi microscópicos detalles. Los gruesos obenques de palos y jarcías eran finísimos hilos de seda. Las poleas ó carrizos necesitaban del lente. ¡Que idea, tan exacta, tan real, tan fiel, de los veleros, daban aquellos juguetitos!

Así tú, que haces con la pluma lo que quieres, en *Guerra y Paz*. Este cuadro es un esfuerzo inasequible de ingenio.

Los cuervos sobre los cadáveres del campo de batalla engullen la carne muerta, hasta cansarse y sin satisfacerse. En un «infinito de tristeza y espan-

to», entonan el himno á la Muerte... ¿«Podría haber —preguntas— en el mundo alguna cosa alegre, algún punto blanco?»... Sí; la paloma, «que cruza muy arriba del aire»... Hasta los despedazados muertos se reaniman un instante y la bendicen.

«Era—dices—la eterna paloma viajera, que pasa modulando en un arrullo, la canción de la paz sobre todas las matanzas y sobre todas las guerras, la paloma del Génesis, la del Diluvio, la del Espíritu Santo».

«Bastó--añades--aquél tránsito breve del ave santa para que todo fuese blancura»... Con estas palabras, tú mismo haces la apología de la esquisita labor literaria del cuadro... Tanto y tanto me gusta por lo suspenso que ha dejado mi ánimo en purísimo deléite, que, imaginando el pincel más inspirado, que la tradujera al lienzo, creo imposible, pese al carácter plástico de la hermosísima alegoría, no ya que lo superase, sino que lo igualase siquiera.

Después del inmenso y horrible espectáculo de la humanidad fratricida, que llena los campos sin límites de la Historia, presentado, en el brevísimo espacio de unas cuantas líneas, con el simbolismo de los buitres sobre el campo de batalla, aquel punto blanco, que cruza alto, vuela sobre la horrible carnicería en las negruras espesas de la noche, haciéndola tornar en blanca, reanimando á los muertos, que, gozosos, la bendicen, es de valor estético tan acendrado, que es imposible, sin que padezca eclipse, sacarlo del medio alado de la palabra para llevarlo al molde material del color y la línea.

La alegoría de *Guerra y Paz* es espiritualísima... ¡Como que no diría todo lo que quiere González Díaz que diga, sin el aditamento del recuerdo del Génesis, del Diluvio, y del Espíritu Santo! Esto no lo hace el pincel.

Me encanta aquel poema comprimido, de que ya hablé ¡*Abuelito!* No sé si me encanta más *Guerra y Paz*. Como en el barco miniatura vemos el barco

gigante, en esta alegoría literaria, tras los cuervos, la noche, el campo sangriento, y la paloma santa, se nos dá la ingente sensación del eterno y feroz dualismo del mal y del bien, desde que la humanidad salió de las manos del Creador y se precipitó en la caída del Paraíso.

¡Y que símbolo tan grandioso en cosa tan pequeña y delicada, en la blanca paloma...!! Es el espíritu de Dios, que flotó sobre las aguas en la infancia del mundo; que anunció á Noé la emergencia de la tierra, pasadas las cataratas del diluvio; que descendió, á orillas del Jordán, sobre la cabeza inmaculada de Jesucristo.

VI

Dedico, en el día del aniversario de su muerte, estas pobres líneas, inspiradas en el hermosísimo capítulo *Una heroína*, de González Dfiaz, á la memoria de aquel ángel de la caridad, que vivió entre nosotros y que se llamó Sor Brígida Castelló y Sauz.

¡Que bien hiciste, querido amigo Paco González, en titular tu colección de joyas literarias *El viaje de la vida*. Todo lo que nos sale al paso, mientras peregrinamos por este valle de lágrimas, tiene en ella su toque ideal de poesía ó su sóbrio matiz filosófico. Dices mucho, pero sugieres más. Un débil rasgo de expresión tuya, es centella que ilumina, fuego que abrasa, calor del alma que vivifica... Así es todo el libro.

Una heroína, composición escrita con el recuerdo, en tu mente, del huerto del Asilo de Ancianos Desamparados, donde los viejecitos, conducidos por las Hermanitas de los Pobres, toman los últimos rayos del sol de la tarde, y con la emoción, viva en tu alma, de aquel féretro blanco, frangeado de azul celeste, que encerraba los restos mortales de Sor Ju-

lia del Corazón de Jesús, es un himno á la sublime virtud de la caridad y una estrofa bellísima de unción religiosa.

Crees en Dios y vindicas á la Iglesia.

«Creamos, por lo menos, en la Caridad», dices, y con ello afirmas dos cosas, que tanto importan al sosiego de la conciencia, la necesidad de creer y la esperanza en Dios. Sin creencia no hay paz, pues la duda no es estado definitivo, y el espíritu, tras ella, ó reposa en Dios, ó cae en las mayores aberraciones, incluso en la de negarse á sí mismo. Sin Dios no hay Caridad, y cuando tú dices que creamos, á lo menos, en ella, ante el espectáculo consolador de sus ángeles en el mundo, eres movido por acendrado sentimiento religioso, pues Dios es Caridad, y sin Caridad, ni se concibe á Dios, ni se explica que las Hermanitas de los Pobres, repitiendo tus palabras, presenten ante el excelso Trono «los dolores humanos convertidos en alegrías y las humanas miserias transformadas en pureza.»

No me extraña en tí, lo demuestras y lo dices. En una nota del libro leo: «espiritualista me confieso y buen cristiano». Hombre de tu alta calidad mental, unida á una sensibilidad exquisita y á una imaginación poética, no puede ser materialista, ni positivista, ni determinista, sino buen cristiano. Aunque negaras á Cristo, que no le niegas, tus obras artísticas estarán siempre perfumadas con el aroma del Evangelio.

También vindicas á la Iglesia. Te ríes de la «moda» de ir contra ella, harto ridícula y pueril, que rebajas hasta la frivolidad de la afición del «ciclista ó automovilista y del coleccionador de targetas postales»; recuerdas á los detractores de la Iglesia, que los asilos santos se han hecho también para ellos, y les dices—transcribo tus palabras—«En vez de odiar esas casas de refugio, debéis favorecerlas; en vez de maldecir á esas mujeres sublimes, que las regentan y las sirven, debéis quitaros ante ellas, no digo el som-

brero. sino el cráneo... Son heroínas, verdaderas heroínas».

La Iglesia, depositaria de los mandatos de Jesucristo, su continuación visible en la prolongación de los tiempos, es la gran maestra de la Caridad.

A su sombra, á su amparo, con su protección, han nacido y viven esas instituciones múltiples de beneficencia, que hacen del mundo, pese á sus miserias, un trasunto de los Cielos. El infante, abandonado al nacer, el niño huérfano, el hombre en sus dolencias y penalidades, el anciano decrepito y desvalido, sin distinción de sexos, clases ni categorías, hallan un ala maternal, donde acogerse, en esos institutos, cuyas constituciones dicta el espíritu divino, y que son regentados por mujeres que se consagran á la humanidad por amor á Cristo y á Cristo por amor á la humanidad,

«No el sombrero, sino el cráneo».¡Felicísima frase!... ¡Cuanto sugiere!... ...Quitarse el sombrero es una demostración de respeto, que puede ser vano. Quitarse el cráneo, quiere decir que debe reconocerse una superioridad absoluta en la obra de abnegación santa y de sacrificio sobrehumano que realizan las heroínas de la Caridad.

Ni la riqueza, que es frecuentemente un insulto, ni el saber, que puede hacer obra de destrucción, ni el genio, que, pese á su origen excelso, cae, á veces, en lamentables extravíos, ni la posición social, que solo responde á convencionalismos, nada, nada de lo que estima el mundo es comparable á una pobre mujer, á una débil mujer, ser, á lo mejor, físicamente desmedrado, practicando, por amor de Dios, las obras de Caridad, para las cuales es menester la fortaleza inasequible de la Gracia.

González Díaz, arrodillado, al paso del féretro «sereno», «que sonrío á la tempestad», con el cadáver de la Hermanita de los Pobres, Sor Julia del Corazón de Jesús, la despide, diciendo... «Era más grande que su tiempo».

Y así son, sin duda alguna, las Hijas de Caridad. El tiempo parece y la eternidad no pasa. El tiempo exalta y humilla; triunfa y derrota; lleva y trae en sus turbias ondas la confusa agitación de la vida. Pero Dios es eterno; no tiene principio ni fin, y la heroína de sus misericordias en la tierra lleva en su frente un destello de la eternidad divina... Es la Hija de la Caridad más grande que su tiempo.

*
* *

En la plaza de Santo Domingo tiene su puerta de ingreso un antiguo convento dominico, donde hoy existen un hospital de lazarinos, un manicomio y un asilo de niños.

«Deus est charitas» debería escribirse en el frontispicio.-. Por allí pasó y allí vivirá, mientras el benéfico establecimiento exista, una mujer que llevaba en su frente el númen de la Caridad evangélica, en su corazón la llama del amor divino y en su voluntad la energía fecunda de la Providencia... «Deus est charitas». Por allí pasó y allí perdura el alma grande de Sor Brígida.

Su obra está en pie. En vano, después que voló á los Cielos el ángel de misericordia, se puso punto final... En vano, si, porque si no era fácil seguir la empresa, allí alienta su memoria; se afanan sus sucesoras por guardarla; y allí, que la providencia de Dios no falta, está el germen vivo; y esa obra será fructífera, y los dones de la Caridad se renovarán en copiosísimas cosechas.

En este periódico una pluma selecta, al servicio de un corazón de oro, viene haciendo la historia de la labor gigantesca de Sor Brígida... (1) ¿Quién no

(1) El modesto cuanto cultísimo sacerdote, capellán del Hospital de San Lázaro, mi querido amigo D. José M. Riverol.

lo sabe?... ¿Quién ignora que el pobre leproso tuvo en ella una madre, el infeliz loco una salvación, y el niño desvalido un ángel de su guarda?... ¿Quien no cuenta, con dulce evocación de amor, que el hospital de elefanciacos languidecía de puro abandono, cuando llegó la mujer sublime, restauró el edificio, mejoró el hospital, alegró los tristes días de aquellos desgraciados, hizo el manicomio, y fundó, dándole cuanto tenía y pudo haber, el Asilo de niños de San Antonio?... ¿Cuando, cuando se ha hecho aquí cosa semejante?

La figura de Sor Brígida atrae, seduce, cautiva... No es el respeto, ni la admiración, ni la gratitud; es todo esto y algo más; es la profunda veneración, parecida á un culto purísimo de amor, algo que lleva consigo un sello de piedad, porque estamos en presencia de un alma escogida de Dios, la cual encarnó en una mujer extraordinaria, que vino al mundo para corroborarnos, una vez más, en la eficacia milagrosa del Evangelio.

Sí la doctora mística de la Iglesia española, si Santa Teresa de Jesús, flor de inmortal fragancia, se lleva nuestros corazones en la estela de oro de sus virtudes y en la corriente magnética de sus coloquios íntimos con el Eterno, Sor Brígida, realizando en el mundo una obra ingente de caridad, enjugando lágrimas, aliviando penas, criando hombres para Dios y la sociedad, y esto con el socorro material, que sirve al cuerpo, y con el arrullo del amor, que vivifica el alma, no nos saca de la tierra para llevarnos al Cielo, como la santa de Avila, sino que nos trae á Dios á este mundo de impurezas, en que vivimos, donde, sin el rocío de la Caridad, se marchitan todas las virtudes.

Una Santa Teresa nos despoja de la carne y nos espiritualiza en el seno inmaculado de Dios. Una Sor Brígida, atenta á la carne con sus flaquezas, hace que el espíritu de Dios la sostenga y la bendiga, que el mundo no parezca lo que es, lóbrega mazmorra y

estrecha prisión, y que el árabe de Idumea, lacerado sobre un muladar, se resigne dulcemente en su infortunio.

Ambas son santas, ambas, á no dudarlo, gozan de Dios eternamente, y ambas, vivas en el recuerdo, son simiente fecunda y prodigiosa de la palabra del Señor.

*
* *

Estableció Sor Brígida en el Asilo de San Antonio una banda infantil de música... Pasaba, á veces, las horas muertas, oyendo ensayar á los hijos de su corazón.

Un día les dijo—Quiero que cuando yo me muera, vayáis tocando en mi entierro.

—Si V. no nos oirá, madre!—le dijo un rapazuelo.

—Mi alma no muere—le contestó—y siempre os estaré oyendo.

Y aquella santa mujer, con una fortaleza de alma incomparable, que aquí, en Gran Canaria, realizó una obra de amor y de caridad, que dá un reflejo de la multiplicación de los panes y los peces, sucumbió, como todo ser humano, cuando sonó la hora de ir á recoger de Dios el premio de sus heroicas virtudes.

Hace tres años.

Oraba, postrada ante el altar, y allí le sobrevino el accidente, que, poco después, la privó de la vida... Como si su cerebro hubiese sido frágil ánfora, que no resistía el peso de las grandes ideas, siempre en ebullición, para hacer el bien y derramar á torrentes el amor, quebróse, quedando aquí, como mortal despojo, y dejando ascender hasta Dios el alma purísima y santa.

La ciudad de Las Palmas lloró su eterna ausencia. Los asilados tuvieron un día amargo. Desfilaron

ante el cadáver de la madre con lágrimas en los ojos. El entierro fué un acto solemnísimos. La banda infantil ejecutó marchas patéticas. Los pobres niños no lo hicieron bien. Fué que el sonido de los instrumentos se apagaba por el temblor que la angustia ponía en los labios... Jamás las notas vibraron en el aire con tan profunda tristeza, la que embargaba el alma de aquellos huérfanos, recogidos del arroyo, arrancados al vicio, transportados al asilo santo por las manos maternales que iban á ocultarse para siempre en la lobretez de la fosa.

¡Si tuviéramos conciencia de la solidaridad humana; si supiéramos amar al prójimo como á nosotros mismos, que en esta máxima evangélica radica la verdadera panacea de los males sociales; si, por ello, fuéramos capaces de pesar y medir la obra de Sor Brígida en esta ciudad, en medio de un ambiente hórrido y glacial, de secos y anárquicos egoismos; á buen seguro que la olvidáramos, con el peor de los olvidos, no acudir siempre al sostenimiento de sus benéficas fundaciones!

Imitémosla en cuanto podamos, todos, sin excepción, y en especial los hombres pudientes, los adinerados de esta tierra. Acudamos al ex-convento dominico, recorramos, aunque sea con el pensamiento, aquellos lugares en que vaga la sombra bienhechora de la Hija de San Vicente, y lo que allí dejemos, en ayuda material de los santos asilos, se convertirá en ruegos de paz y bendición que nos hará ante el trono de Dios su bienaventurada sierva Sor Brígida.

VII

¿Sabes, querido amigo Paco González, lo que me ha sugerido tu drama comprimido *Entre dos crepúsculos*?

Leído el trabajo, dos ideas han quedado fijas en

mi mente; las gotas de agua, que vemos caer, una tras otra, en la clepsidra; y el drama cruel, desarrollado entre el crepúsculo de la mañana y de la tarde.

El héroe tuyo solo vivió doce horas, «entre la dulzura del primer beso del día y la amargura del último...» El lo cuenta y dice que los dos tenían el mismo veneno, pero que el segundo le fué mortal, inspirándole la idea de que «aunque estaba vivo, *había cesado de vivir.*»

Amaneció un día de color de rosa en la historia de un pueblo noble, sencillo, bien hallado con su paradisiaco hogar, que aprisionan las aguas, y con su vida embellecida por patriarcales virtudes.

Tiempo hacía que había perdido su opulencia y su hegemonía. El destino le deparó adversidades sin cuento. Epidemias, despojos, olvidos, todo colmó la copa de su infortunio. Le quitó el poder y lo hizo vasallo. Cegó las fuentes de su riqueza y lo hizo pobre.

Su imagen hiere fuertemente mi memoria. Yo viví en ese pueblo. Tu viviste también... ¡Adorable recuerdo! Con él se enlazan los días de nuestra niñez, y con él, también, resurgen, melancólicos, los nombres de preclaros varones, que tú y yo conocimos, que tú y yo veneramos.

Nos criaron en el amor á la tierra y nos enseñaron á trabajar por sus progresos. Soñaban en una reivindicación y añoraban una perdida independencia. Eran cruzados de una santa causa y mantenían el fuego sagrado de las venerandas tradiciones. Sus frentes espaciosas parecían reflejar la luz de un pasado de dichas y esplendores. Sus barbas blancas eran como el símbolo del anciano que gobierna, con artes de paz y dulzura, induciendo á la juventud por los nobles senderos del deber patriótico.

Ellos, tu los recordarás, no empleaban la palabra vacía, vana, hipócrita, mentirosa. Ellos predicaban con el ejemplo, porque vivían por y para su patria, porque en sus aras sacrificaban sus particulares con-

veniencias, porque no gozaban sino con el bien público, para el cual todo les parecía poco.

Anhelaban, anhelaban, y con ese anhelo, algunos, sin saludar el amanecer sonriente, y otros, después que creyeron ver la salud del pueblo, reclinaron para siempre su cabeza en el regazo de la muerte.

Ellos apuraron, en su dilatada existencia, los instantes de la desventura, viendo caer, unas tras otras, las gotas de agua en la clepsidra. Y así, aunque parezca paradójico, fueron felices... ¿Qué mayor felicidad que la de una conciencia tranquila, surcando el mar de la vida, con la mente puesta en una noble esperanza?

¡Dichosos ellos! ¡Mil veces dichosos! Tuvieron fé, confortadora fé en los destinos de su pueblo.

Los que se fueron antes del día de los regocijos porque la felicidad se entraba por nuestras puertas... no apuraron, no, el veneno mortal del beso infiel, de la caricia traidora, de la sombra mentida de amparo, que hiela, consume y mata lentamente.

Los que se fueron después, no llegaron al desenlace de este drama, tan igual al tuyo, de muerte fortuita, de revelación horrible, de despeñadero fatal, de llanto de cocodrilo, pero, seguramente, cerraron sus ojos con el tormento de lo que ya se veía venir.

.

Sí; porque vieron el principio del drama, cuyo desenlace estamos presenciando nosotros... Vieron que el templo santo era asilo de mercaderes, que la fuente de riquezas, saludada como el símbolo de una redención, iba sirviendo de dogal al patriotismo de pura cepa, que el poder reivindicado solo serviría de sudario de muerte, que la pujanza añita no daría un átomo de grandeza á la patria, que el sentimiento de ciudadanía sería reemplazado, en breve, por ansias de latrocinio y corrupción, que todos olvidaríamos sus ejemplos para deshorrar su memoria y hacer de

solar sagrado impuro escenario de desenfundadas orgías.

Estamos al final del crepúsculo de la tarde.- Ya, ni vemos. Todo es tinieblas... Pasamos el horror del despeñadero, y como el héroe de tu drama, tenemos sobre los labios el amargor del último beso... beso de hielo, frío como la muerte, el cual se nos estampa en nombre de una tutela que tiene toda la refinada perversidad de un premeditado crimen.

Estamos vivos, sí; PERO HEMOS CESADO DE VIVIR.

Nuestro reloj se ha parado... El tiempo nos lleva, lleva á Gran Canaria, «como una corriente arrastra un cadáver.»

VIII

Tienes, Paco González, un don inapreciable y raro. Tu pluma, que pinta y cincela, con delicadeza y sobriedad, es, á la vez, escalpelo sutil. No te equivocas al ejecutar. La obra es modelación fiel del pensamiento... Lo que, allá, en la celdilla más recóndita de tu cerebro, da segunda vida á la expresión externa, sale á flor de palabra.

Se me antoja ese don similar al del hábil anatómico, que, en un tejido de vasos microscópicos y de nervios invisibles, con pulso diestro, pone al descubierto lo que ojos profanos no supieron ni vieron.

Tu composición *Las modernas plañideras* es el caso, aún corriente, en los duelos de gente zafia, así en el campo como en la ciudad.

No hace mucho tiempo, cerca de mi casa murió una pobre anciana, y aquello fué un hórrido plañir, con voces desacordadas, gritos desgarradores y palabras cuyo sentido no percibía, lo cual, si al principio me impresionó, acabó por producirme el mismo

efecto del ruido de la máquina de la imprenta, haciendo la tirada, que oigo, mientras escribo.

Pintas el cadáver incommovible, en sórdida estancia de choza campesina, el coro de las plañideras con sus gritos de comparsería, las lamentaciones de las hijas y aquel clamor, que sube, angustioso:

«¡Hi! ¡hi! ¡hi! ¡La pobrecita se nos ha ido y no la veremos más! ¡La maleza ha entrado en esta casa! Hace dos semanas que se murió la vaca y hoy se muere la mujer! ¡Hi!... ¡hi!... ¡hi!...»

Este clamor es eco del clamor del hijo, que, entre los lloros dice: «¿Quién tendrá ahora cuenta de mí?» y del de la hija, que concluye maldiciendo al «méico», que la mató, porque ya no vive la madre que «de la siudá le traía refajos y zapatos».

Algo sentimental ponen las comadres sobre los groseros egoismos de la familia. Ellas, por lo menos, dicen. «¡Probe Mariquita...que solas nos dejás! Pero á bien que más llorada y más sentida que tu no irá otra á la sepultura.»

Y cuando en las horas de la madrugada y en el silencio misterioso de la muerte, se sienten, al rayar la aurora, el mujir de los bueyes, el cacarear de las gallinas, el maullido del gato, el ladrar del perro, y el croar de las ranas, el viudo rompe á quejarse y vuelve á decir:

«Hace dos semanas se me murió la vaca y hoy se me muere la mujer.»

Así acaba el cuadro, ejecutado con cuatro trazos tan vigorosos y precisos, que nos trasladan la escena externa de la vela junto al cadáver y la escena interna de aquellos corazones, duros, de esparto, sin jugo de amor ni aroma de piedad.

Plañen, gritan, vociferan, escandalizan, dices muy bien, para ahuyentar la muerte como se ahuyenta la cigarra. No es, no, dolor verdadero, el que anonada al alma, el que no habla ni gesticula, el que es silencioso, porque el silencio «es el homenaje debido á la *mors páltida*, emperatriz de los mundos».

La mujer es el alma del hogar, la vestal de amor, la providencia de los hijos. La casa sin ella será una vivienda, pero no una familia. Ella tiene el cetro de los corazones y ella rige la vida entera. Guarda las llaves de la despensa y atesora en su pecho el caudal de los afectos. A su calor viven el esposo, los hijos y el servicio doméstico.

Cuando ella falta, su puesto es irremplazable. La casa, así la provea un buen padre, y la honren hijos de bendición, queda vacía. La despensa, siquiera colmada, está sin llavero, y la vida afectiva de los miembros de la familia queda sin el lazo de santa unión.

Y aquel viudo de *Las Modernas plañideras* no hallaba consuelo junto al cadáver de la esposa, porque la desgracia de su pérdida se sumaba á la de la vaca... Aquí del escarpelo sutil de González Díaz, aquí de su sagaz intuición en presencia de ese cuadro de nuestras costumbres.... Os pintan la vida del hogar humilde como un sencillo idilio, y él, González Díaz, en el llanto del viudo y en su deprecación, ha puesto al descubierto lo que es verdad, lo que se oculta tras mentidas exterioridades, la degradada condición humana, el corazón metalizado y vil, el marido que siente más la muerte de la vaca que la de la mujer, y los hijos que no lloran por la madre, sino por la falta de su amparo y por la carencia de sus regalos.

Las Modernas plañideras es un estudio de honda psicología, implacable, desconsolador, pero verdadero.

El, elevándome á otro orden de consideraciones, me sugiere una observación no menos desconsoladora.

Mirad al pueblo en que vivimos. Hace tiempo que ha perdido buen gobierno, vida afectiva, intelectual y artística, es decir, la corriente popular de apoyo y estimación hácia sus cultivadores, providencia tutelar y patriótica, cuanto simboliza la buena madre

y la buena esposa en el hogar.... Sin embargo, no siente, no llora, no hace propósitos de enmienda, y pasa el tiempo en frívolo y alocado vivir, alegre y sonriente.

Se le ha muerto la mujer, PERO LE VIVE LA VACA.

IX

Félix el de la Rueda es una composición admirablemente escrita y con el corazón dictada.

Tiene dos partes.

En la primera traza una semblanza física de Félix, á pedir de boca. Es una fotografía. Quienes le conocieron darán fé de mis palabras. También se cuenta la especialidad de Félix; sus sermones regocijantes.

En la segunda, verdadero trozo poético-filosófico, hace la semblanza moral de Félix.

A esta me concreto. En esta fijo toda mi atención. No voy á decir nada nuevo, ni á poner un adarme sobre el peso del símbolo ético, que de aquel pobre diablo, ¡Dios le bendiga!, «tallado en un bloque de chocolate», tan atinadamente ha delineado y esculpido González Díaz.

Voy, pura y simplemente, á vaciar en el papel la expresión de los ecos que el personaje, personaje, sí, verdaderamente humano, creado por Paco González, ha despertado en mi alma.

Y viene aquí, á pelo, ratificar cuanto dije, propósito de estos pobres trabajos sobre el libro *Viaje de la vida* al empezar la tarea, la cual, valga lo que valiere, responde á una noble intención y repara una injusticia.

Ni añadidura á lo escrito por el autor, lo que sería petulante y necio; ni crítica, para la cual no me hallo, dígolo sinceramente, con la preparación nece-

saria; ni siquiera una glosa exégetica, empeño más modesto.

Nada de lo dicho.

Mis trabajos son la efusión de mis sentimientos de afecto y admiración hácia un canario ilustre como es, sin duda, Paco González Díaz, por pocos, aquí, en la peña, entendido, y todavía no juzgado. Hablo del juicio del hombre aficionado á las letras, no del crítico de autoridad, que ninguno conozco en esta tierra.

Porque, hasta la fecha, que yo sepa, no se ha dado á González Díaz en las letras de molde del periodismo canario, todo el relieve que merece su figura de poeta-filósofo, que esto es, ante todo.

Decirle ilustre, eminente, sabio, eximio, escritor notable, orador portentoso, maestro etc. etc... es derramar adjetivos á granel, á veces sin ton ni son, porque son baratos, más que los cominos en las tiendas al menudeo. Esto ni puede satisfacer al interesado, persona discreta, ni nos satisface á nosotros, sus admiradores.

Una obra como *El viaje de la vida*, que es una colección de pequeños poemas, algunos hasta maravillosos, no debe pasar, ya que señala una época de fecunda madurez en la vida de su autor, con la lisonja vana de una gacetilla de cliché ni con el artículo de hiperbólicos elogios, escrito como de encargo, ni siquiera con la reproducción de los juicios que se emitan fuera de aquí.

Merece un estudio, un amor, una atención, que se exteriorizen, que se hagan públicos, que queden en los archivos históricos, así para satisfacción debida á la justicia, como para testimonio honroso de esta generación ante las generaciones venideras.

Que los que nos sucedan en la vida vean que supimos honrar á quien nos honra con su esclarecido talento, como hoy nosotros, y de ello doy fé, porque he visto los documentos probatorios, sabemos que un Viera y Clavijo gozó en su tiempo, en Canarias,

de la fama justa que merecían sus dotes de obrero eximio de la cultura, hombre eminente del siglo XVIII en su país natal y fuera de él, y que un escultor de la talla del gran Luján Pérez fué más estimado de sus coetáneos, y ello lo pregonan elocuentes demostraciones de cariño y admiración, que de nosotros mismos, y cuenta que su obra escultórica vive la vida inmortal, eternamente lozana, de las artes plásticas.

Ese estudio, ese amor y esa atención vengo poniendo en estos artículos que me sugiere la lectura de los magistrales del libro de González Díaz. Con ellos creo dar ese público testimonio, y por ellos verá la posteridad que el último de sus admiradores, sin fortuna, tal vez, que no ha de ser él quien ha de juzgarlo, supo salirse de la rutina del elogio barato y frívolo y aplicar sus cinco sentidos al examen de una exquisita y hermosa labor.

¿Qué á qué viene esto?... Llegan á mis oídos noticias de conversaciones, sin valor alguno, desde luego, pero que me importa desvanecer. Cada cual es dueño de pensar lo que quiera, y ahórrese la molestia, y no pase su vista por mis renglones. Pero á nadie es lícito deslizar especies de tonta calumnia, tan tonta, como vil es el móvil que la inspira.

Por esto, solo por esto, he escrito estas líneas, donde declaro expresamente lo que el menos avisado ha podido ver en mis artículos.

Me he alargado en esta digresión más de lo que pensé, y por ello dejo pendiente mis impresiones acerca de *Félix el de la Rueda*... Me alegro después de todo. Así volveré á leer de nuevo la notabilísima semblanza.

X

Quedé en el capítulo *Félix el de la Rueda*. Es pe-

nosa y á la vez agradable esta tarea del periodismo de yunque, en la cual, á cada día, no le basta, sino que le sobra su afán. Creí no poder seguir la lectura comenzada del joyero literario de Paco González Díaz.

Y después de tantos días, en estas horas de la madrugada del domingo, cortada ya la edición, es forzoso que espere por los telegramas... ¿Y que mejor manera de llenar el tiempo y de no maldecir de la tardanza del servicio, que posar ojos en las páginas de oro del libro *Viaje de la vida*?

La segunda parte de *Félix el de la Rueda* es una oración fúnebre de los desheredados, de las bestias humanas de carga, de los que trabajan con los músculos, malviven, callan, hasta que mueren «y el sepulturero los barre hácia la fosa común».

Después de hablar de los bribones que canoniza la hipocresía social á la hora de la muerte, Paco González tiende una mirada de amor á los que sudan para ganar un pan amargo, y dice: «¡Con qué calor de afecto humano les escribo panegíricos!»

Tiene razón el ilustre escritor.

En los núcleos de vida social, desde las capitales babilónicas hasta las pobres aldeas, se ofrece la variedad de la vida humana, así en las cumbres de la virtud, que tocan los cielos, como en las negruras de la perversidad, que es un desborde del infierno en la tierra.

La gradación de seres, de tipos de especies, entre estos opuestos polos, es multiforma. En ella se dan las manifestaciones del insondable piélago de las almas humanas. Y hay una casta de ellos que causan singular atención.

Félix el de la Rueda es un prototipo.

Su corteza, ruda, su intelecto, obtuso, su vivir, mecánico, el de una pieza más de la máquina que movía, callado, sufrido, ser sin etiqueta ni clasificación en el festín de la vida. Ni siquiera de estos desdichados, y este hombre representativo es una prue-

ba, cabe decir lo del bloque en bruto, que espera el mágico conjuro del cincel del artista.

No; Félix es «la perpétua inconsciencia y la mansedumbre del caballo de noria». Pero cedo la pluma á Paco González. Leed, leed lo que dice de este pingajo humano, de este ejemplar de aquella singular casta.

«Hacia sermones muy elocuentes; repetía sin ilación y conciencia frases que habían llegado á él desde los púlpitos y guardaba almacenadas como retazos de agenos discursos en su obtuso cerebro.»

«Hermanos míos:..» En los labios de aquel desheredado, estas dos palabras amorosas sonaban dulcemente. Pocas más dejaba oír, y esas pocas eran también suaves como la resignación, como la humildad, como la paciencia. Creo que Félix habrá muerto, murmurándolas: «Hermanos míos»... ¡Que hermoso fin para una vida atormentada!»

«Fonógrafo receptor de la oratoria religiosa, eco de la cátedra santa, el infeliz solo aprendió á pronunciar notables sentencias é invocaciones. Su balbuceo de hombre inferior, impulsivo, primitivo, fué un saludo respetuoso al misterio. Llenóse de esencias divinas y no supo lo que consigo llevaba, como el vaso tosco no sabe que lo llenaron de mirra. ¿Verdad que esto es admirable, extraño y tierno?»

¿Verdad, digo yo, que aún supuesta la inconsciencia, el no saber lo que se lleva dentro, si esto es una esencia divina, queda sublimada la mísera condición de la bestia de carga, así como perfumado está el vaso tosco que contiene la mirra? ¿Y que es, después de todo, haya ó no conciencia de lo que se tiene, el hombre redimido por la gracia divina, sino el pobre Félix, el caballo de noria, el pingajo humano, el vaso tosco que han llenado de mirra?

Pocas veces González Díaz ha llegado por el procedimiento artístico de la observación amorosa á hacer una filigrana literaria con una verdad fundamental, como la ha hecho de esta vez con el dogma

de la Redención. Sí; porque la eficacia salvadora está en hacernos dignos de la gracia, y para ello no basta el querer, por mucho que se quiera, por doc-tamente que se quiera. Es menester lo mismo que se procura, la gracia de Dios. Todo es en esto misterioso, incomprensible, y lo señalamos como entre nieblas, sin percibir claramente.

Vaso tosco ó delicado, materia grosera ó embe-llecida, hombre, al fin, que se llene de esencias divi-nas, sépalo ó no, es un redimido del Calvario.

Tu *Félix el de la Rueda*, que conociste, que co-nocí, por humilde, despreciado en el mundo, no lo dudes, goza de la bienaventuranza eterna.

El vaso tosco se quebró; es polvo; pero el alma inmortal, impregnada de «esencias divinas», mora en el seno de Dios.

Tu lo has adivinado como artista, artista de co-razón noble y cristiano.





LA MONTAÑA

EN EL CAMINO DE FONTANALES

Pasan veinte años; vuelve él:
Y al verse exclaman él y ella:
(—Santo Dios ¿y este es aquel?
(—¡Dios mío ¿y esta es aquella?...)

Campoamor.

Los escobones, viñatigos, laureles y robles, que se entrelazan, formando tupida cerca y haciendo bóveda, á uno y otro lado del camino de Moya à Fontanales, en un sitio despejado, abierto, más arriba de la marea de «San Fernando», dejan amplio ventanal, desde donde se dominan, al frente, la montaña de Osorio, hácia la izquierda, la comarca de Firgas, y allá, abajo, en el extremo N. E. de la isla, emergiendo del mar, que se confunde con las nubes, la Isleta.

Tengo predilección por ese sitio.

Casi todas las tardes, cuando la bruma y la llovizna, que hace días nos vienen envolviendo, lo permiten, encamino mis pasos al hermoso observatorio, provisto de buenos gemelos de campaña.

Me paso allí las horas muertas. La delicia de esta temperatura, verdaderamente primaveral, y el ha-

lago del panorama, hacen que, al anochecer, deje con disgusto el ventanal de la marea.

A vista de pájaro domino la Isleta. Primero, la montaña del faro, que aparece desde aquí, en forma de cono truncado, la llanura que separa aquélla del monte del vigía después, y luego éste, con sus toques rojizos en la falda y la mancha de cal de la caseta en la cima... Todo circundado en su base de encaje de espuma.

Se percibe claramente el caserío del Puerto de La Luz hasta el Lazareto, apiñadísimo, compacto, con proporciones de población... Se dibujan las rayas negras del dique, de los muelles particulares y del amplio espigón de Santa Catalina... La grúa parece una mancha rojizo-oscura sobre el mar lechoso. Los vapores fondeados son como moles de piedra. La nota poética, vaporosa, la dan los costeros con sus velas heridas por el sol... Parecen aves.

Se señalan, á partir de la mancha amarilla de la playa del Confital, los trozos negros de las rocas del Arrecife, y desde allí, á esconderse bajo los montes á nuestros pies, las arenas doradas de las Canteras y la muralla de casas alineadas, de todos tamaños y de diversos colores... Es un plano con relieves, visto desde lo alto y á distancia.

Cuando el sol ha traspuesto entre las nubes de la montaña alta de Guía, lanza sus últimos rayos sobre el puerto de La Luz... El espectáculo es de un hechizo incomparable.

.....

 No ceso con los gemelos de mirar hácia el puerto. Lo escudriño todo y todo lo veo. Porque adonde no alcanza el objetivo, alcanza mi conocimiento de sitios y lugares.

Pero, después de todo visto y gozado, me remonto en la memoria de pasados tiempos y me figuro en el mismo sitio y con los mismos gemelos.

¿Que vería desde aquí?... La línea del istmo de

Guanarteme entre franjas de oro, las arenas del mar de la Isleta y las del mar de las Canteras... Si acaso, acaso, las manchas blancas del castillo de San Fernando, de la casa del mesón, y los puntos negruzcos, diminutos, de las chozas de los pescadores.

Así verían nuestro puerto á mediados del siglo XVIII, colocados en este sitio, apacentando sus ganados, los pastores de estas alturas.

Pero, desde abajo, desde las plavas de las Canteras, un observador, entonces, provisto de anteojos de alcance, descubriría, mirando hácia acá, una mancha verde, negruzca, extensa, dilatada, el gran bosque de Doramas, el del verdor intenso, el de la frescura perenne, el poblado de tropas de canarios, mirlos y capirotos.

Ved porque vinieron á mi memoria los versos de Campoamor que van por cabeza de estos renglones... Personificad los lugares, dadles alma y voz, y es bien seguro que el bosque, mirando hoy al puerto dirá... «¡Santo Dios ¿y éste es aquél?...» y el puerto, mirando á la montaña, exclamará... «¡Dios mío ¿y ésta es aquella?»

San Fernando de Moya, 5-Julio-1914.





LA MONTAÑA

UN POCO DE HISTORIA.—SU ESTADO

I

DICE Viera y Clavijo en su *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, pag 141, tomo II--«MONTAÑA--Voz que, aunque sinónima de monte, especialmente de la tierra que está cubierta de árboles ó maleza, en nuestras islas se ha apropiado, como por antonomasia desde lo antiguo, á la famosa selva de la Gran-Canaria, llamada de Doramas».

«Hállase situada entre los pueblos de Teror, de Moya y Guía, distante cuatro leguas de la ciudad capital, y de ella se han hecho pomposas descripciones, sobresaliendo las poéticas del célebre D. Bartolomé Cairasco.»

«Extendíase, entonces, *Doramas* cosa de seis millas.»

«Casi nada era comparable en el mundo á su espesura, lozania, verdor y deliciosa frondosidad.»

«La robusta, descollada y numerosa arboleda que la poblaba, tenía el raro privilegio de componerse,

por la mayor parte, de árboles y arbustos indígenas, esto es, de vegetales propios y privativos del país».

«Tales eran el palo blanco, el barbusano, el viñátigo, el acebiño, el follado, la llamada haya, el llamado tilo, el escobón, la jinja, la mocanera, el dragón, el poleo de montaña etc., sin contar con los innumerables laureles y otros árboles apreciables».

«Queda dicho que todas las ventajas de esta inestimable posesión eran «entonces», porque en la actualidad, las hachas, las rosas clandestinas, las quemas, los ganados, los carboneros, la indolencia y la insensatez, han conspirado, de algunos años á esta parte, á talarla y destruirla, de manera que casi todas las especies de tan nobles y singulares árboles van á desaparecer, y aquel monte tan alto se halla ya reducido á un monte bajo.»

«Es verdad que, todavía, para testimonio de lo que la montaña de Doramas ha sido, se conserva la arboleda del barranco, en donde nacen las bellas aguas nombradas «Madres de Moya», compuesta principalmente de los llamados tilos, tan altos que las cimas de sus copas como que se pierden de vista, y tan enlazados que ofrecen un recuerdo del Templo Catedral, con apariencias de columnas, arcos y bóvedas».



Esto lo escribía el ilustre Viera en los primeros años del siglo XIX. Obsérvese que habla de la selva, refiriéndose á los tiempos de Cairasco, su cantor; que del monte alto, raro é indígena, por la especialidad de sus especies arbóreas, dice que está ya reducido á monte bajo; y que solo la arboleda de los tilos, en el barranco de Moya, perdura como testimonio de lo que fué la selva de Doramas.

Agrega, además, el Arcediano de Fuerteventura,

que, en su tiempo, la tala amenazaba con hacer desaparecer las especies, que enumera, de árboles y arbustos indígenas.

Yo pienso, por la lectura del texto transcrito, que Viera, en sus frecuentes excursiones de naturalista, debió de recorrer toda esta comarca, y sin duda, en aquellos días, cuando se hicieron los primeros reparos, y se amotinaban, casi á diario, por causa de ellos, los vecinos de Moya, Fargas y Teror, la selva se hallaba por completo desmontada, pero no roturada.

El nos habla de las hachas, á cuyo impulso caían árboles seculares; de las rosas clandestinas, que eran causa precisamente de las asonadas; de las quemas, que debían de ser frecuentes, así para facilitar el desmonte, como para aprovechar los despojos; de los ganados, que debieron de entrar, en gran número, de todos los pueblos comarcanos; de las carboneras, donde se consumiría todo el monte talado ó gran parte; y de la indolencia y de la insensatez.

No es extraño que vaticinara Viera la desaparición del arbolado indígena y que hablase de la selva, como de cosa ya pasada, cuyo único testimonio se escondió en el cauce profundo del barranco. Y es que en aquellos primeros años la obra no fué, en estas alturas, de aprovechamiento y transformación, sino de destrucción vandálica. Se tiró á recoger y utilizar sin cuidarse de repoblar y de introducir la reja del arado para preparar suertes de cultivo.

Escribo estas líneas en la casa de «San Fernando», de posición envidiable por la altura y el paisaje sorprendente que sedomina desde todos sus costados. Mas, apesar de que ha sido recientemente aclarada la tupida y elevada cerca de álamos negros, que la circundaba, es menester salir de la casa, y buscar los claros que quedan en segunda y tercera fila de arbolado, para gozar de las vistas panorámicas de las cercanas cumbres, del ingente barranco de los tilos, del pueblo de Moya, cuyo caserío se desparrama entre prados y arboledas, de Fargas,

que alinea sus casas à la falda de su montaña, de los llanos de Sta. Cristina, donde amarillean las mieses y del lejano Occéano, que velan las nubes.

Y no hablemos del bosque, que está delante del frontis principal de la casa. Esto no lo vió ni lo previó, en aquellos días del hecho, Viera y Clavijo. Es una alameda de altos y enramados álamos, de robles, de araucarias y de pinos. Entre sus troncos los geranios ponen sus flores rojas y los pújicos sus botones amarillos. El piso, aun dentro del amplio paseo de entrada, se tapiza de musgo y de hierba.

Cuando eligió este sitio el general Morales para emplazar su casa, de aspecto señorial por fuera, y de planta de monasterio en su interior, esta loma era pelada, CALVA, dice el manuscrito, «Apuntes para la historia de la parroquia de Moya» de mi estimado amigo, el sobresaliente orador sagrado, presbítero D. José Marrero, cura propio de Moya.

Solo esta circunstancia, aparte otras, basta para probarnos que hoy la ex-selva de Doramas dista mucho del estado que tuvo á principios del siglo XIX y que plañe Viera y Clavijo, y es suficiente, afortunadamente, para desmentir la profecía de la desaparición de los árboles indígenas y la singularidad del testimonio del barranco de los tilos.

No. Desapareció la selva incomparable por su espesura, lozanía, verdor y deliciosa frondosidad. Pero quedan, no uno, sino varios testimonios de su existencia en un extenso y variado bosque, sino es peso é intrincado, lozano y frondoso, y junto á esos testimonios, múltiples suertes de cultivo, maizales y mieses, manchones de comida de animales, y poéticas casitas de labranza, donde vive una numerosa colonia agrícola... Estamos lejos, muy lejos de las desolaciones que amargaron el alma de sabio y de artista del historiador de Canarias.

II

Del estado á que llegó la selva de Doramas durante el primer tercio del siglo XIX, antes de posecionarse de gran parte de ella el general Morales, dá cumplida idea el acuerdo del Ayuntamiento de Moya de 11 de Mayo de 1820.

Lo tomo del manuscrito de la obra citada, *Apuntes para la historia de la parroquia de Moya*, del Pbro. D. José Marrero.

Helo aquí:

«1.º—Que el monte, comprendido en la jurisdicción de este pueblo, va á quedar absolutamente yermo y convertido en un baldío inútil, pues, por falta de cuidado y vigilancia, hace más de VEINTE AÑOS que está reducido á un matorral de zarzales, yerbas, arbustos y troncos entrelazados, A CAUSA DE LA NO INTERRUMPIDA TALA. DURANTE UN SIGLO, para edificios, hogares y toda clase de aperos de labranza.»

«2.º—Que, para restablecer el monte, ES PRECISA LA ABSOLUTA REPLANTACION, bajo un reglamento y método, que redunde en beneficio público, y corte los abusos actuales, con los cuales nada se ha obtenido, pues las prisiones y penas pecuniarias, impuestas á los que talan, no han producido otro efecto que arruinar á algunos individuos y enriquecer á otros, principalmente á los Justicias y Jurados de Montes, mientras el arbolado CORRE CADA DIA MAS A SU TOTAL EXTERMINIO».

«3.º—Que para esto, y matar de una vez las ambiciones del Municipio de Las Palmas y de los particulares poderosos que desean obtener extensas dadas en la Montaña, lo más acertado y útil para este pueblo, es señalar á cada vecino de esta jurisdicción una porción en propiedad, para que la limpie de troncos y matorrales en la estación del verano, y

cuando llegue el invierno se dé principio á la replantación, señalándose el número de árboles que corresponden por fanegada, y que no deberán ser menos de doscientos, con la condición de que si faltan, en cada fanegada, los doscientos árboles, será entregada á otro vecino más laborioso.*

Otros extremos, de orden puramente administrativo, abraza el acuerdo. Solo he copiado los pertinentes desde el punto de vista histórico. Si el año 1820, ya el monte frondoso y espeso de Doramas, el que cantó Cairasco, había desaparecido por una tala no interrumpida, de más de un siglo, explícate lo que dijo Viera y Clavijo. Horrible debió de ser la obra del hacha á partir de los primeros años del siglo XIX.

Los palos, vigas y maderas de todas clases, de las casas que son en muchas leguas á la redonda, en Moya, en Firgas, en Teror, en Guía, y quizás más lejos, salieron de aquellos árboles gigantes, apiñados en dilatada selva, que se extendía, remontadas las primeras estribaciones, después de la costa, peñas arriba, á llegar á la cumbre.

Aún suponiendo algo de exageración, propia de nuestro carácter meridional, que siempre se sale de punto así en el ensalzar como en el deprimir, el hecho de hablar el acuerdo de que el monte iba á quedar «absolutamente yermo», y de que era precisa la «absoluta repoblación», nos dice que no mucho después de transcurrido el primer siglo de la conquista, cuando la población crecía de costa á mar, y se iban fabricando casas y roturando terrenos, empezó la tala de la selva de Doramas, y que fué menester más de un siglo para ponerla en el estado de «matorral de zarzales, yerbas, arbustos y troncos enlazados.»



Llegó, pues, la selva á desaparecer, conserván-

dose solo la espesa arboleda de los tilos en el fondo del accidentado y pintoresco barranco de Moya. Ese estado, que, afortunadamente, no es el actual, ni mucho menos, digan lo que quieran los que hablan malévolamente, por lo que oyen, sin tomarse el trabajo de venir por estos sitios ó de oír á quienes los conocen, tal vez habría seguido si un hombre tan eminente en las artes de la guerra como en las de la paz, y en estas, sin duda alguna, con gran provecho, no hubiera aparecido en los precisos momentos en que era menester reanudar la historia de esta comarca, enlazando y haciendo coexistir la selva de los aborígenes con la labor productiva de los campos.

Me refiero al general Morales.

Pero al llegar aquí ceso yo y entra el ilustre párroco de este pueblo D. José Marrero. Su pluma de literato y de patriota, va á darnos, en animado compendio, la obra que hizo en estas encantadoras alturas el hijo del Carrizal de Agüimes.

Es el Cap. XXI del referido manuscrito, que se titula «EL GENERAL D. FRANCISCO TOMÁS MORALES».

«En el poblado del Carrizal, barrio de la villa y señorío episcopal de Agüimes, nació D. Francisco T. Morales el 20 de Diciembre de 1781».

«Siguiendo la antigua costumbre de los isleños pobres, emigró muy joven á las Américas, donde sentó plaza de soldado en la Capitanía General de Venezuela á la edad de veinte y tres años».

«Fué tanta la pericia que demostró en el ejercicio de las armas, y tan grande el valor que derrochó en los combates contra los insurgentes moradores de aquellas colonias, que á los once años de servicio era ya Coronel, á los doce Brigadier y á los diez y ocho Mariscal de Campo, ostentando en su pecho la laureada de San Fernando y las grandes cruces de San Hermenegildo é Isabel la Católica, ganadas, en buena lid, con hechos verdaderamente heroicos».

«Tuvo la honra y la gloria de combatir, frente á

frente, con los más distinguidos capitanes de la independencia americana, de mandar en jefe en algunas batallas memorables, como la de Ocumare, en la que derrotó á Bolívar, y de salvar, con astucia y valentía, los restos del maltrecho ejército español, que, sorteando peligros, en aguas surcadas por naves enemigas, condujo hasta Cuba, después del desastre de Maraycabo».

«Lástima que desluciera, y empañara el brillo de tantas grandezas, con algunos actos de crueldad, á que le incitaron las órdenes y ejemplos de los superiores.»

«A los cuarenta y cinco años de edad, fué nombrado Capitán General, Gobernador de estas islas; y entonces, como hemos dicho, gestionó y obtuvo, con sus influencias, la cesión de la selva de Doramas».

«Terminado su mando, abandonó como Cincinnati, los menesteres bélicos, y olvidando la espada, tantas veces victoriosa, buscó la salud del cuerpo y la tranquila calma del espíritu en la paz geórgica de los campos feraces».

«Vigoroso y emprendedor, demostrando, en su nueva profesión, las energías y fuerza de voluntad con que antes mereciera los laureles de Marte, se dedicó, desde entonces, á dirigir trabajos agrícolas, convirtiendo «La Montaña» que recibió DESOLADA y ESTERIL, en la finca más extensa y hermosa del Archipiélago».

«Hizo venir numerosos colonos, á quienes dió suertes para que las cultivaran, contratando con ellos en condiciones ventajosas para ambas partes; repobló y aumentó el arbolado; fabricó habitaciones para los labradores y almacenes para depositar las cosechas; y en el alcór mas frondoso y pintoresco, edificó un amplio y cómodo palacio, con capilla, enriquecida con ornamentos sagrados, cuadros notables, reliquias raras y joyas preciosas».

«Fué gran protector de esta parroquia y alivió

las miserias de muchos pobres, que lo lloraron como padre, cuando cargado de años y de gloria, murió en Las Palmas el 5 de Octubre de 1844».

«Su cuerpo, que pudo, como el de Almanzor, ser cubierto con el polvo recogido en cien combates, fué trasladado, con magestuosa pompa, á la capilla de «La Montaña», dedicada á San Fernando, y allí duerme, no entre el asfixiante polvo de muerte, que levantarán, al rodar, las cureñas, los cascos de los corceles ó el récio y acompasado pisar de los infantes, sino en la bendita tierra removida, oliendo á búcaros, y llena de gérmenes fecundos, tierra para dar flores. que volteó el arado un día, en que el gañán, empuñando la mancera y siguiendo el rítmico y tardo andar de los bueyes, dejó caer, sobre los «campos dormidos» las notas dulces y tristes del «canto del boyero», melancólico y de tiernísimos dejos, con que los labriegos de mi patria entonan las alabanzas del trabajo y publican los triunfos de la paz».

III

Fué suerte para el arbolado que esta comarca cayera en manos de un solo propietario. Y no menos suerte fué que ese propietario fuera el general Morales.

De haberse llevado á cabo el reparto que hizo el Ayuntamiento de Moya, sería esta la hora en que no habría bosques en estas alturas. A la pequeña porción, correspondiente á cada agraciado, hubiera este tratado de sacarle el mejor partido posible. Ni se hubiera conservado lo poco que había, ni menos repoblado. El estímulo de la mayor utilidad en cultivos, acrecentado por las subdivisiones posteriores entre herederos, hubiera acabado con un arbolado sin rendimiento alguno inmediato.

La tierra, en estas alturas, cubierta de mantillo,

es excelentemente vegetal. Y lo que hoy es una comarca, donde coexisten buenas suertes de cultivos con amplias cercas de árboles y arbustos, y con bosques extensos y de masa, como «Los Tilos», el enladerado de «La Sorpresa», y los diseminados del «Dragullo» y del «Lomo del Negro», sería, como se vé fuera de «La Montaña», en las tierras más altas. inmediatas á Fontanales, tableros de tierra de pan llevar, desprovistos de toda influencia eficaz de arbolado, que atrae las lluvias y que embellece el paisaje.

El mérito grande del general Morales, al hacerse con esta vasta extensión, poco menos que talada é incendiada, consistió en no sacrificarlo todo á la utilidad inmediata del cultivo, y en restaurar, hasta donde fué posible, aquella espesa y exhuberante selva, única, salvo los pinares, en Gran Canaria.

Comprendió el general que muchas tierras, sin el atractivo de los árboles, serían, en definitiva, eriales sin valor, y por eso, al mismo tiempo que roturó hoyas en las cañadas y en las faldas de los collados, plantó árboles, que les sirvieran de cerca y resguardo, y en las altas lomas, y en los riscos del alcor de «San Fernando» y del «Peñón», que está enfrente, sobre el barranco de Moya, dejó los bosques espesos é intrincados, de laureles, hayas, viñátigos y acebiños, que se yerguen y multiplican sobre un terreno de espesos matorrales.

Y ved como la selva, que desapareció casi, por tala de más de un siglo, mientras fué comunal, sin que lo impidiesen órdenes, ni vigilancia alguna, surgió de nuevo bajo la inteligente dirección de aquel ilustre hijo de esta isla, hermanándose con las necesidades de otros tiempos, que impusieron la vida agrícola y sus aprovechamientos individuales.

No era posible ya el renacimiento de aquella selva espesa, dilatada, frondosa, donde no penetraban los rayos del sol. Pero de haberlo sido ¿hubiera aprovechado? Es ley que allí donde el hombre entra y funda pueblos y colonias, la selva vírgen desapa-

rece. No iba Gran Canaria á ser una excepción. La población crecía de costa á cumbre, y la selva, de unas seis millas, robaba tierra y robaba población.

Poco más ó menos, la situación actual de «La Montaña» es la misma que dejó el general Morales... El bosque, la casa de labradores y la tierra, que da maíz, patatas, cereales y legumbres... La selva, arruinada por el hacha, dió asiento á una población agrícola, y como el propietario no sentía el estímulo de la codicia que demanda el aprovechamiento inmediato, quedó el bosque, en una parte espeso, y en otra, la mayor, aclarado. La selva renació, pero transformada, abrigando bajo sus frondas, las tierras que voltea el arado y que crea la riqueza.

Recuerdo que una noche, en la tertulia de don Francisco Manrique de Lara, oí con agrado, porque es hombre culto y de instructiva conversación, á mi respetable amigo el médico D. Andrés Navarro y Torrens... Hablába del arbolado y de su fuerza atractiva de las lluvias.

...Es un problema, dicen. ¿Es que el árbol atrae las lluvias ó es que no prospera el arbolado allí donde no llueve? Siempre he creído que tal cuestión no lo es porque envuelve una petición de principio... Para mí, sin lluvias no se sostiene el arbolado, y sin arbolado no se excitan las lluvias.

En partes donde no hay masas de árboles, vemos descender las nubes, cargadas de agua, sin que esta caiga. Corren, pasan y se disipan ó llueve lejos. Pero donde aquellas existen, parece como que el nublado se fija y mantiene, y entonces llueve por mucho tiempo y serenamente.

Lo he comprobado estos días aquí. ...Hemos tenido, á fines de Junio y á mediados de Julio, días y noches de invierno... Suben desde las costas nubes y brumas y se las vé detenerse sobre estos collados llenos de arboles... Aquí no soplan fuertes brisas, sino suaves auras, y se la lleva todo un día y toda una noche lloviendo... Los labradores reciben el ro-

cío con contento y es que tienen sus millos sin espi-
gar.

Una de estas pasadas noches llovió sin descanso, y sentí, desde mi cama, correr las tejas como caños. Pregunté al día siguiente á gente venida de Fontanales si allí había llovido y me contestaron que ni una gota. El agua solo cayó en toda esta comarca poblada de altos y copudos árboles. Creo en la influencia del arbolado, siempre que esté en masas, para atraer las lluvias. Y le brindo el dato al doctor Navarro y Torrens. Aquí, por esto de las lluvias aduladas y de la benignidad de la temperatura, aun no hemos tenido verano. Las mantas, en el lecho, cubren nuestros cuerpos, y el agua, pura, cristalina, fría, no nos hace echar de menos la bebida helada.

Otras y otras cosas me vienen á los puntos de la pluma, pero siento aquí pereza, y es que la hermosura del tiempo y la belleza de estos parajes convidan á estar siempre al aire libre, bajo la regalada frescura de los árboles.

IV

Por primera vez, desde que estoy aquí, ví anoche lucir la luna en cuarto creciente sobre un cielo sin nubes. Nada más fantástico que estos paisajes de frondas bañados por la suave luz del astro de la noche. Desde una ventana, que dá sobre la rápida ladera del barranco de Moya, gocé el espectáculo en las horas de la prima.

Por los claros de los enramados álamos, de figuras caprichosas y tallo esbelto, veía las tierras enlombadas, cauce arriba, hasta perderse en una semi-oscuridad, y en el reposo tranquilo, sin rumor alguno, llegaban á mis oídos lejanos ladridos de perros... Es la primera vez que los oigo. Sin duda, la claridad de la luna, con sus extrañas y alargadas sombras, aquí

donde no hay palmo de tierra sin árboles, fíngenles alarmanes sensaciones.

Así, tranquilo, embobecido, discurrían las felices horas, cuando el ruido de unos recios zapatos clave-teados llamó mi atención... Era Reyes, el hombre de los tilos, que había subido la peligrosa ladera, para él mejor que camino carretero, y había de pernoctar en la casa y salir con los cazadores á las tres de la madrugada.

Mis compañeros de veraneo, soñaban desde hace días, con las codornices de los llanos de «La Laguna» en Teror, y algo malo les hubiera ocurrido de no haber podido entrar los primeros en terreno virgen el día 1.º de Agosto en que se alza la veda... Uno casi malogra su ilusión, á causa de sus aficiones de picador, domando una potra. Pero todo se redujo á un recalcamiento de mano en la caída, y mi hombre, después de pasar amargos dolores una noche, en los días siguientes, mercetó al masaje, se puso en condiciones de darle al gatillo.

Yo, incapaz de cazar ni mosquitos, gozaba, con gozo reflejo, por el contento de ellos. La limpia de las escopetas, la preparación de los chalecos de cartuchos, los avíos de caza, y sobre todo, la esperanza de docenas y docenas de codornices, ocupóles desde la antevíspera.

Esta madrugada les sentí desde la cama, y á la verdad, no les envidié... ¡Es aquí tan placentero el descanso!... Un Reyes, no el de los tilos, sino otro, el de Moya, Nemrod incorregible, salió á las tres por estos claustros de la casa, armado de pito de mando y puso á todos en vela. Hubo momentos en que me creí abordo de un trasatlántico, oyendo avisos de marinería.

Pronto, á Dios gracias, volvió todo al silencio, y cuando desperté, en plena montaña de verano, el sol caía á plomo, los horizontes estaban claros y un aire ligero, fresquecito, movía las hojas de los árboles.

—¡Hola, Domingo—dijele al medianero del «Frontis»—ya hay sol.

—Dios lo mantenga por muchos días—me dijo—que al paso que íbamos, se nos quedarían los trigos en las gavillas, los millos en los surcos y hasta los ombligos encogidos.

Esta gente labradora, aunque contenta con las dulas del cielo, mientras las necesitaban los maizales, ya estaba de mal humor con tantos días seguidos de bruma y llovizna... Tenían las eras listas y hasta los pucheros del potaje preparados para las trillas... Tienen hoy un día de alegría, y he podido observar, en distintos lugares, la prisa que se dan en los restos para acarrear el trigo.

«Juanillo—así llaman al sol—está «despejiado y barrunta días buenos».

Yo me deléito lo indecible con el gozo de estas honradas gentes. Yo no sé si ellos se dan cuenta—tal vez nó—de la felicidad verdadera en que viven. Sanos, alegres, sóbrios, con el regalo de una tierra copiosa en hierbas y frutos, pagan sus rentas, tienen su comida y no les faltan unas perras «por un si acaso». Todos trabajan sin matarse, hombres, mujeres y niños, y ninguno vé llegar la hora última de la tarde sin que ya humee la cocina para la cena.

Sentado á la sombra de un árbol, sobre mullido suelo de hierbas y olorosos poleos, no sin apartar siempre alguna indiscreta zarza, suelo celebrar con ellos interesantes «interviews». Recibo más contento que si hablase con el personaje mas encopetado. Y es que me entero de la trama sencilla é ingénua del vivir de estos humildes hijos de «La Montaña».

Sobre todo, con Reyes, el de los tilos, ejemplar vigoroso de esta población de las entrañas de la isla, paso las horas muertas, y libo en su charla de hombre rudo, por añadidura bastante gago, un deléite que en vano buscaría en los fariseos de las ciudades... Tiene Reyes nueve hijos, y salvo dos pe-

queños, los demás le ayudan en su labranza. «En mi casa—dice—naide cena sin trabajarlo».

—Tendrá Vd.—díjele—mucho gasto para el comedurio de tanta familia.

—No, no, no señor.—. Tres fanegas de gofio al al mes.

—¿Y el «conduto», Reyes?

—Velay lo lo lo que no me importa... Coomo haya una pimienta ya hay «conduto».

—¿Y si no hay pimienta?

—Coomo todo no es más que un un un engaño, se amasa una «pella» con la mano derecha y otra con la izquierda; se peegan los dientes á una, y cuaaaando se cansan de esta, se «jincan» en la otra.

Esta original manera de suplir la falta de «conduto» es toda una nota característica del vivir de estos montañeses. Gofio, «tabefe», papas y lo que pueda pescarse para «conduto» es toda su alimentación. La leche, abundante, porque tienen muchas y regaladas vacas, sirve para hacer queso, que se vende. Venden, también, gallinas, pollos y huevos. Estas aves de corral se crían en los collados casi salvajes. Hay que verlas volar á la caída de la tarde para ponerse en lo más elevado de las ramas.

—¿Y carne? ¿Y pan?

—Pá San Bartolomé de Fontanales y la Candalaria de Moya.

Y estos hombres tienen los músculos de acero, y lo mismo suben riscos y laderas que trepan á un álamo negro para coger comida á sus reses.

«San Fernando» de Moya, Agosto 1.º de 1914.

ÍNDICE

	Pág.
El Pilar de Zaragoza.	5
Gustavo A. Bécquer	7
El Misterio de la Historia.	11
Sr. José «el perrero».	17
Los Barcos de la Habana	19
Recuerdos históricos	23
Cuentos viejos	27
El Vígía y el Alba	31
Efeméride	35
Festividad Religiosa.	37
Aniversario de un homenaje	41
La Obra patriótica	45
En el desfiladero	49
Entre sueños.	55
El Escultor Canario	61
Página Evangélica	71
El Viaje de la Vida	75
La Montaña	109
